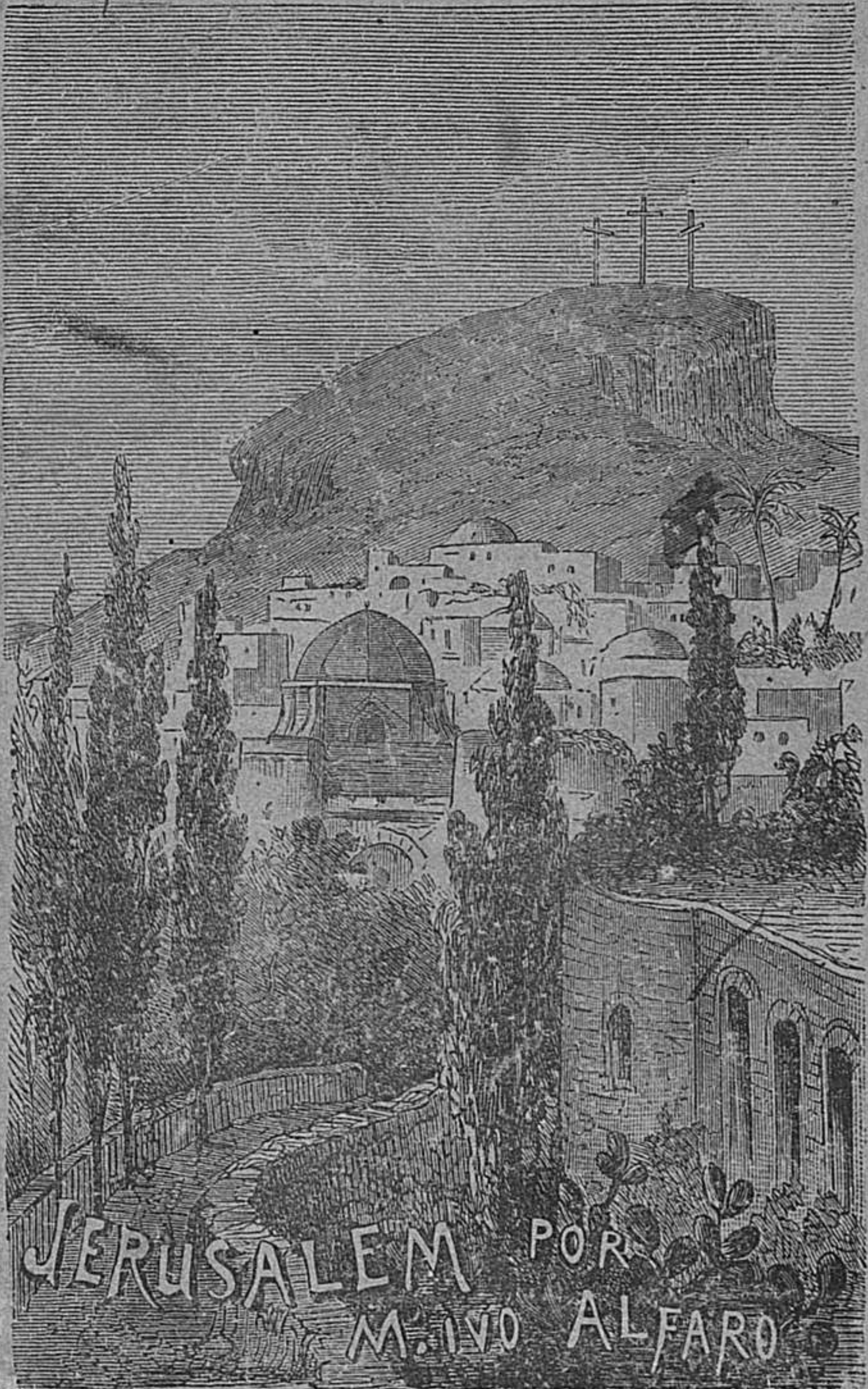


R.
5.

AP/1346



JERUSALEM POR
M. IVO ALFARO

A.R.L-6.12.47.L.D.

@

¡JERUSALEM!

ORIGINAL DE

D. MANUEL IBO ALFARO

Regente y Bachiller en Filosofía,
miembro de las Academias de los Quirites y de los Arcades en Roma,
de la Montreal en Francia, de la Dantesca en Nápoles,
de la Sociedad geográfica de Madrid,
caballero de la real, militar y pontificia orden
del Santísimo Sepulcro, etc.

ESTA OBRA HA SIDO DECLARADA DE TEXTO DE LECTURA
PARA LAS ESCUELAS DE PRIMERA ENSEÑANZA DE LA PENÍNSULA
POR REAL ORDEN DE 3 DE JUNIO DE 1881,
PUBLICADA EN LA «GACETA» DEL 8 DE JULIO, Y PARA LAS DE CUBA
Y PUERTO RICO POR REAL ORDEN DE 15 DE NOVIEMBRE
DEL MISMO AÑO.

OCTAVA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal núm. 11

1892

R. 429

—————
ES PROPIEDAD.
—————

Imp. de la Viuda de Hernando y C.^a, Ferraz, núm. 13.

El marqués de Flora y su hijo.



À LOS NIÑOS APLICADOS.

A vosotros, que cumplís religiosamente con vuestros deberes de estudiante, y que con vuestra aplicación y aprovechamiento causáis la alegría de vuestras familias, es á quienes se dirige mi pluma en este momento; prestadme vuestra atención, que voy á referiros

un episodio agradable de la célebre historia del marqués de Flora.

Es el marqués de Flora un rico personaje, alto, majestuoso, dulce, afable, que al perder su esposa, quedó con un niño llamado Alfredo. Convencido el marqués de Flora de que para el hombre valen en el mundo más que los títulos nobiliarios y más que las riquezas una educación moral y una sana instrucción, puso á su hijo Alfredo en uno de los mejores colegios de la corte, y él se marchó á viajar por Europa, por Asia, por África y por América, convencido también de que nada da al hombre conocimientos tan sólidos como los viajes.

En el verano de 1878 regresó á España, sacó del colegio á su Alfredo, que ya había cumplido nueve años, y fijó su residencia, durante la época de mayor calor, en una quinta que posee en San Sebastián.

Esta quinta, verdadero lugar de recreo, mansión de delicias, jardín encantado, se levanta entre flores y entre árboles en una de las colinas que rodean á la ciudad. Desde esa quinta se percibe el canto de los pájaros, se

aspira el perfume de las flores y se escucha el imponente rugir del mar.

Sentados cierta mañana el marqués y Alfredo en un banco rústico, que entre pensamientos, fusias, minutisas y azucenas se alza al pie de un secular castaño, fresco dosel natural que quita los rayos del sol, habló el marqués de esta manera.

—Hijo mío, ya has cumplido nueve años, ya has concluído la primera enseñanza, y en el próximo Septiembre vas á comenzar la segunda: estoy satisfecho de ti, y si tu madre viviera, también lo estaría, porque tus profesores me han dicho que has sido atento, dócil y aplicado.

Alfredo guardaba silencio y no perdía ni siquiera una de las palabras que pronunciaba su padre. Su padre continuó:

—Cuando yo muera, hijo mío, heredarás tú esta quinta, todas las haciendas que poseo en España y en Nápoles, y mi título de marqués; pero nada valen, hijo mío, las riquezas, ni los títulos ni los honores, si no eres una persona instruída, y sobre todo una persona honrada.

Si eres ignorante, aunque rico, se burlarán de ti tus semejantes; si eres rico y malo, te temerán aquellos, pero no te amarán; y si no te aman, puede llegar un día en que algo falte á tu alma y seas desgraciado.

Hijo mío, que nunca se apodere el orgullo de tu corazón: de niño, no te creas más que los demás niños; de hombre, no te creas más que los demás hombres; mira que las riquezas que tu padre posee y que tú poseerás un día, nos las ha dado Dios por gracia, y ten siempre presente que el mismo Dios que nos las ha dado puede quitárnoslas y dejarnos reducidos á la miseria.

No olvides nunca que tú has perdido á tu madre y yo á mi mujer, y que las buenas obras que tú y yo hagamos en este mundo las aprovechará su alma en el otro.

Alfredo se conmovió al oír pronunciar el nombre de su madre. Su padre continuó:

—No contengas las lágrimas, hijo de mi alma; el hombre no debe avergonzarse nunca de llorar, cuando llora con noble motivo; y motivo noble por demás es dedicar un recuerdo á la autora de su existencia, al ser que nos

estrechó contra su ser, cuando aquel ser descansa ya en la tumba.

Bien quisiera yo hablarte de cosas más alegres, pero como he estado tanto tiempo separado de ti, y como así que termine el verano volveremos á separarnos, yéndote tú á Madrid á continuar tus estudios, y yo á París á desempeñar el alto cargo con que me ha honrado el rey, quiero darte algunos consejos que seguirás ciertamente. ¿No es verdad, hijo mío, que seguirás los consejos que yo te dé?

—Sí, señor, respondió Alfredo; los seguiré sin separarme un punto de ellos.

—Lo creo, porque hasta aquí los has seguido. Cuando entraste en el colegio te encargué que todas las mañanas, al salir de la cama, orases un momento de rodillas por el alma de tu madre.....

—Y todas las mañanas heorado, padre.

—Ya lo sé, Alfredo, porque me lo ha escrito el director del colegio; y porque has obedecido á tu padre y porque hasorado por el alma de tu madre, por eso eres un buen hijo, y por eso te protegerá el cielo; que uno

de los preceptos más sagrados que Dios impuso al hombre, es honrar á su padre y á su madre.

Entre el marqués de Flora y Alfredo hubo un instante de respetuoso silencio; luego, prosiguió el marqués con tono solemne:

—Hijo mío, al salir del colegio vas á entrar en el mundo, y al entrar en el mundo quiero dedicarte algunas frases para que, atendiendo á ellas, te separes de esa muchedumbre incauta que, por falta de sólida instrucción y de principios religiosos, pasa la vida ciegamente, sin conocer la alta misión del hombre sobre la tierra, sin saber ni de dónde viene ni adónde va.

Oye, hijo mío, oye y grábalo en tu memoria: una de las pasiones que más daño causan en el mundo, uno de los defectos que más odioso hacen al hombre y que más castiga el cielo, es el orgullo: no seas orgulloso; aunque llegues á poseer gran sabiduría, aunque llegues á reunir numerosas riquezas, no te creas superior á los demás hombres; mira que todos los hombres somos hermanos; mira que por todos se puso Jesucristo en la cruz; el

sabio es sabio porque ha recibido el saber del cielo; el rico es rico porque del cielo ha recibido las riquezas.

El sabio, lejos de enorgullecerse con su saber, debe enseñar al ignorante; y el rico, lejos de infatuarse con sus riquezas, debe socorrer con parte de ellas al necesitado. Sé caritativo, hijo mío, que la caridad es la virtud que más recomienda Jesucristo; no olvides nunca que cuando llegue la noche, y después de un magnífico baile, de un opíparo *buffet*, tú te recojas á descansar en tu mullido lecho, habrá entonces mismo muchas familias, muchos niños, muchas madres, muchos ancianos, que ni tendrán un jergón de paja donde descansar, ni habrán comido un pedazo de pan en todo el día.....

—¿Eso sucede en el mundo, padre?, exclamó Alfredo sorprendido.....

—Eso sucede, hijo mío, en ese mundo lleno de oropeles que á ti te brinda con un porvenir risueño.

Oye, Alfredo de mi alma; sé agradecido y no seas vengativo; si te hacen un favor, no lo olvides nunca; si te infieren un agravio, nun-

ca te acuerdes de él; si te hablan mal de una persona, no lo creas hasta que por tus propios ojos te convenzas de ello; que la calumnia es otra de las pasiones que andan desbordadas por la tierra.

Si dispensas un favor, si consumas una obra de caridad y te pagan con una ingratitude, no te importe; que los favores, que las obras de caridad no se hacen tanto por el hombre que las recibe como por el Dios que lo manda.

Finalmente, hijo querido, en esta vida que para ti comienza y para mí declina, sé tan bueno como fué tu madre; haz todo el bien que puedas, no hagas mal á nadie, ni aun á los animales; que también los animales sienten, y no es cosa buena atormentar á nadie. Al exhalar tu madre el último suspiro, me encargó que sembrara estas máximas en tu corazón; óyelas, hijo mío, óyelas, que te las dice tu madre desde el cielo.

El marqués calló; Alfredo guardaba profundo silencio, con la frente inclinada al suelo, y el mar rugía á lo lejos, y los pájaros cantaban entre el follaje, y las flores exhalaban sus

perfumes, y el céfiro de la mañana oreaba mansamente las hojas de los árboles. Transcurridos algunos instantes, volvió á hablar el marqués de esta manera:

—En mis largos viajes, Alfredo, he recorrido la Tierra Santa; la Tierra Santa es la tierra donde vivió María, donde Cristo murió por salvar al hombre del pecado; y es cosa extraña y censurable por cierto, que se estudie con tanto entusiasmo la patria de ciertos héroes, que al fin no fueron más que hombres, y no se haga un estudio particular de la patria de Jesucristo, que fué Dios.

En los pocos días que vamos á pasar en esta deliciosa quinta, nos bajaremos todas las mañanas un rato á este banco, y aquí, á la sombra de este castaño, oyendo el mar que brama á lo lejos, escuchando los sonoros trinos de los ruiseñores que cantan en la espesura y aspirando este ambiente embalsamado con el aliento de la pasada noche, yo te explicaré detalladamente Jerusalem, Bethlem y el Jordán, todos aquellos lugares donde vivió y murió el Redentor del mundo, todos aquellos lugares donde Jesucristo fundó la divina re-

ligión que profesamos. ¿Lo oirás con gusto, Alfredo?

—Con muchísimo gusto, padre, y creo que todos los niños debían aprender eso que V. va á enseñarme á mí.

—Tienes razón, todos debían quitar, para conseguirlo, algunos momentos á sus distracciones, seguros de que después volverían á ellas con más placer, y con esto harían una cosa muy grata á los ojos de Cristo y de la Virgen.



Entrada de Jesús en Jerusalem.



ALBORADA PRIMERA.

Al brillar la aurora de un día caluroso de Agosto, encontrábanse ya sentados en el banco rústico que se levanta debajo del copudo castaño que conocemos, el marqués de Flora y su simpático hijo Alfredo.

El aura de la mañana besaba las plantas;

el perfume de los jazmines que ceñían el tronco del castaño embalsamaba la atmósfera, y desde allí se oía el misterioso sonido del esquilón de San Vicente, que tocaba á oraciones.

—Conque hoy va V. á hablarme de Jerusalem..... ¿no es cierto, padre? preguntó con dulzura Alfredo.

—Sí, hijo mío, contestó el marqués: hoy voy á enterarte de algunas generalidades de la Ciudad Eterna, y poco á poco nos ocuparemos de los principales lugares que se conservan en Tierra Santa.

—La Ciudad Eterna, volvió á preguntar Alfredo, ¿es Jerusalem?

—Jerusalem es la *Ciudad Eterna*, hijo mío, porque nunca acabarán los misterios que en ella se operaron un día; y es la *Ciudad Santa*, porque la santificaron María con sus lágrimas y Jesús con su sangre.

—Usted ha estado en Jerusalem, ¿no es verdad?

—Sí, hijo mío; y te aconsejo que cuando seas mayor, vayas tú también á visitar aquella tierra, en la que aún parece aspirarse el

aliento de María, en la que aún se conserva impresa la huella de Jesús.

—¡Ah!.... comience V.; tengo ya tantos deseos de saber algo de Jerusalem....

—Escúchame.

Después de algunos instantes de silencio, en que pareció que el marqués recogía sus ideas, habló de esta manera:

—La Judea, hijo mío, se encuentra en la Palestina, y la Palestina en el confín occidental del Asia, bañada por esa parte del Mediterráneo que se denomina *mar de Levante*.

Pues bien: á trece leguas de la costa, en lo más alto de las ásperas montañas de Judea, se levantan dos montes desiguales en elevación, que frente el uno al otro corren de Norte á Sur, formando, al unirse sus faldas, un torrente.

El monte más bajo de los dos se llamó en otro tiempo *monte Moria*; el que hay frente al monte Moria se llamó antiguamente, y se llama ahora, *monte de las Olivas* ó *monte Olivete*, y el torrente que corre entre estos dos montes, el *torrente Cedrón*.

¡Ay, hijo mío! ¡Cuántas veces cruzó este

torrente Jesucristo durante su vida carnal! Aún existe un pequeño puente por donde pasaba todas las noches cuando iba á orar al Huerto de Gethsemaní, y por donde lo pasaron atado las turbas que presidía Judas la terrible noche en que lo prendieron y en que lo llevaron como á un malhechor á casa de Anás, de Caifás, de Herodes y Pilatos.....

Pero continuemos: en la ladera oriental del *monte Moria*, que es la que mira al *monte Olivete*, se encuentra *Jerusalem*.

Jerusalem es hoy una ciudad rodeada de altos y gruesos muros, que cuenta cuarenta mil habitantes. Estos habitantes son musulmanes, judíos, católicos, griegos, armenios, coptos y protestantes; pues no parece sino que todas las religiones y que hijos de todos los países del mundo van á vivir allí, donde se encuentran la cumbre en que expiró Cristo y la caverna en que durante tres días estuvo sepultado su cadáver.

En un tiempo, hijo mío, fué Jerusalem una ciudad amena, rodeada de cedros, de jardines y de torrentes, cuyas aguas corrían murmuradoras por doquiera; pero desde que sobre

ella cayó la maldición de Dios, se ha convertido en una ciudad silenciosa, triste y sombría.

El monte sobre que descansa, está cubierto de piedras; sus torrentes, que eran el *Cedrón* y el *Gihón*, se han secado; los jardines y los cedros han desaparecido; todo es hoy triste allí: tristes sus calles, tristes sus plazas, tristes sus campos, tristes sus habitantes, tristes sus recuerdos..... todo triste..... No parece sino que la ciudad viste aún luto por la muerte de Cristo.

Alfredo escuchaba á su padre con las manos cruzadas, sin desplegar los labios y mirándole de hito en hito al rostro. Su padre continuó:

—Jerusalem envuelve la historia más interesante de cuantas ciudades se levantan sobre la tierra: 1981 años antes del nacimiento de Jesucristo, el gran sacerdote y rey Melquisedek fundó en la ladera oriental del monte Moria, á cuyo pie corre el torrente Cedrón, y frente al monte Olivete, una ciudad á la que puso por nombre *Salem*, que quiere decir *Paz*: cincuenta años después, los *jebu-*

seos, descendientes de *Jebus*, se apoderaron de un monte que hay tocando á Jerusalem, llamado el *monte Sión*, y fundaron en él una fortaleza, á la que en honor á su padre denominaron *Jebus*; más tarde se apoderaron asimismo de *Salem*, y uniendo entonces la fortaleza y la ciudad, unieron también los nombres *Jebus* y *Salem*, resultando el de *Jebusalem*, que quiere decir *visión de paz*, cuyo nombre, cambiando en el uso la *b* en *r*, se convirtió en el de *Jerusalem*; por manera que *Jerusalem* significa *visión de paz*.

Todos los grandes conquistadores han puesto sus ojos en Jerusalem, y Jerusalem ha sido diez y siete veces sitiada, diez y siete veces convertida en escombros, y diez y siete veces reconstruída; pero el sitio que más llama la atención, fué el que pusieron los romanos á las órdenes de Tito, en el año 70 después de Jesucristo: en este sitio, el más horrible que nos presenta la historia de todos los países, no quedó piedra sobre piedra en aquella ciudad, y en ella murieron, sólo de hambre durante el citado sitio, doscientos mil judíos.

En tiempo de Jesucristo era el Calvario la cima de un monte que se levanta al Occidente y fuera de la ciudad, en cuya cima crucificaban los reos, por lo cual crucificaron en él á Cristo, porque lo acusaron de reo; y porque en él crucificaron á Cristo es hoy el Calvario un monte santo, santo, santo, que respetan mucho los musulmanes y que van á visitar peregrinos cristianos de todos los ámbitos de la tierra. Hoy el Calvario ni está al descubierto ni fuera de la ciudad.

No está fuera de la ciudad porque en tiempo de Herodes Agripa se ensanchó ésta y quedó aquel monte rodeado de calles y de casas, y no está al descubierto porque Santa Elena, madre de Constantino, emperador del Bajo Imperio, y después los cruzados, construyeron un magnífico templo que, lo mismo que al santo sepulcro, lo cobija bajo sus altas bóvedas.

En nuestros días cuenta Jerusalem, como ya te he dicho, cuarenta mil habitantes, de los cuales veinte mil son judíos, diez y seis mil musulmanes, y los cuatro mil restantes, católicos, griegos, cismáticos, armenios, cop-

tos y protestantes: tan notable ciudad se halla rodeada por una alta y gruesa muralla, en la que se abren siete puertas conocidas con los nombres de *puerta de Damasco*, *puerta de Herodes*, *puerta de San Esteban*, *puerta Dorada*, *puerta de los Africanos*, *puerta de Sión* y *puerta de Jaffa*.

La *puerta Dorada*, que es por la que Jesús entró en Jerusalem el domingo de Ramos, está cerrada con un grueso muro de piedra sillar, porque creen los musulmanes que por aquella puerta han de tomar á Jerusalem los cristianos en un viernes.

Es una cosa verdaderamente prodigiosa que al través de las diez y siete destrucciones que ha sufrido Jerusalem, se conserven aún en él monumentos más ó menos ruinosos de todas las épocas notables desde su fundación hasta nuestros días.

Hijo mío, en la Judea no transcurre un instante sin que algún recuerdo bíblico asalte nuestro espíritu; no se da un paso sin tropezar con un pueblo, con una cisterna, con un árbol, con una piedra que nos represente algún pasaje de la vida de Jesús y de María:

pero los principales lugares que existen en aquella santa tierra, los que voy á describirte para que conserves su recuerdo en tu memoria, son los siguientes:

En Jerusalem el Santo Sepulcro, el monte Calvario, la calle de la Amargura, la fuente donde la Virgen lavaba los pañales del niño Jesús, el huerto de Gethsemani, el monte Olivete, el lugar en que Cristo oraba cuando le prendieron las turbas guiadas por Judas, la piedra donde Cristo estampó sus piés al subir á los cielos, y el valle de Josafath. En Bethlem, la gruta en que una noche de frío nació Jesús, y en el pintoresco Jordán, el punto donde fué bautizado Jesucristo.

Y ¡cómo conmueven todos estos lugares! Al pisar aquella tierra, al mirar aquel cielo, parece que aún se aspira el aliento de María, parece que aún se escucha la voz de Jesús.

Mientras otros niños, hijo mío, se entretienen á tu edad en aprender la geografía de su patria, estudio necesario y por demás provechoso, yo quiero que tú, que ya has dado cima á ese estudio, escuches y grabes en tu alma la descripción de la patria de Jesús; que

la patria de Jesús es, bajo cierto concepto, la patria de todo el género humano. ¿Oirás con gusto esas narraciones, hijo de mi alma?

—Las oiré con tanto gusto, respondió Alfredo, que ya estoy deseando que V. las comience.

—Paciencia, é iremos poco á poco, para que conserves vivo ese deseo.

—¡Ah!.... exclamó Alfredo, no se me apagará, padre; y ojalá que yo pueda visitar esos Santos Lugares cuando sea mayor; pero ¿me permite V. hacerle una pregunta?

—Hijo mío, respondió el marqués, no te quedes con duda alguna; hazme cuantas preguntas quieras.

—Dígame V.; ¿cuándo y por qué cayó la maldición de Dios sobre Jerusalem.

—¡Ah, querido Alfredo!.... Cuando Pilatos manifestó á Jesucristo al pueblo judío, y diciendo *Ecce homo*, declaró que lo creía inocente y que se lavaba las manos en aquel asunto, respondió á gritos el pueblo judío levantando los brazos y los ojos al cielo: *Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de nuestros hijos*; y aquella maldi-

ción llegó al cielo, y la sangre de Jesús cayó sobre las cabezas de aquellos judíos, y sobre las cabezas de sus hijos, y sobre las de sus nietos, y sobre las de toda su descendencia; y desde que Jesús resucitó triunfante al tercero día, y desde que triunfante subió á los cielos, dejando estampados sus piés en una piedra, el pueblo judío viene gimiendo bajo el peso de su maldición.

Ese pueblo, aunque numeroso y rico en gran parte, no puede reunirse formando nacionalidad; ese pueblo arrastra una existencia desgraciada, siendo el ludibrio y el escarnio de todos los demás pueblos: es que la cabeza de ese pueblo va salpicada con la sangre de Cristo; es que ese pueblo prendió á Cristo en el huerto de Gethsemaní, y lo azotó en casa de Pilatos, y le escupió en la calle de la Amargura, y le crucificó en el Calvario.

—¿Según eso, padre, repuso Alfredo, nosotros debemos aborrecer ese pueblo?

—No, hijo mío, contestó el marqués, el cristiano no debe aborrecer á nadie; nosotros debemos compadecerlo y pedir á Dios perdón para él.

Como ya los rayos del sol penetraran ardientes al través de la frondosa copa del castaño, el marqués de Flora y su hijo se levantaron de su asiento y se dirigieron en seguida á la quinta.



Jesús prendido en el huerto.



ALBORADA SEGUNDA.

Al brillar la aurora de un día caluroso de Agosto, encontrábanse ya sentados en el pozo que se alzaba debajo del copudo castaño de la quinta del marqués de Flora este señor y su hijo Alfredo, ansioso el último de seguir escuchando á su padre la narración de los Santos Lugares.

Y no parecía sino que la Naturaleza anhelaba hermohear con sus galas tan importante relato, porque el mar estaba en calma, el cielo puro, la atmósfera limpia y las auras arrancando el perfume de las flores y murmurando suaves entre la espesura del follaje.

—Hijo mío, dijo á Alfredo el marqués de Flora, ¿te agradó la relación de ayer?

—Mucho, padre, contestó Alfredo; me encanta conocer esos detalles de una ciudad tan importante como Jerusalem, por lo que deseo que V. continúe refiriéndome algunos otros más, según me tiene ofrecido.

—Bien, hijo mío, le dijo su padre; me alegro mucho que se despierten en ti esas aficiones; estudia, hijo de mi alma, estudia hoy, que tiempo tienes para estudiar y divertirte, y no olvides nunca que los estudios que hace el hombre en su primera edad, se graban en su alma con indeleble buril y llegan á formar un capital que le produce cuantioso rédito en el curso de su vida. ¿Quieres, hijo mío, que continuemos?

—Sí, señor, respondió Alfredo con anhelo.

—Pues escucha, repuso el marqués con

gravedad. Desde que Jerusalem fué construída, hasta nuestros días, ha recibido dos ensanches, y por lo tanto, la han circunvalado tres órdenes de murallas.

Cuando Melquisedek la fundó, la rodeó de una muralla, que más adelante fortificaron David y Salomón, cuya muralla tenía setenta torres; aumentada la población con el tiempo, y saliendo ya fuera de la primera muralla, se hizo otra muralla en tiempo de los últimos reyes de Judá, que abrazara también la nueva población, y cuya muralla tenía catorce torres.

Creciendo más la población y rebasando también los edificios á la última muralla, hubo que construir otra que entornara todo el recinto, cuya tercera muralla se hizo en tiempo de Herodes Agripa, y tenía noventa torres.

Pues bien: fíjate bien en esto, hijo mío: cuando Jesucristo vivió y sufrió pasión y muerte por salvar del pecado al género humano, Jerusalem estaba en su primer ensanche; es decir, rodeaba á Jerusalem su segunda muralla, la edificada en tiempo de los úl-

timos reyes de Judá, la de las catorce torres, entre cuyas puertas contaba en esta muralla una llamada *la puerta Judiciaria*, y se nombraba así porque en aquel tiempo se levantaba frente á dicha puerta una columna, en la cual colgaban ciertas tablillas que contenían las sentencias de los reos que llevaban á crucificar, pues entonces á los criminales hebreos les quitaban la vida clavándolos en una cruz.

En la época á que nos referimos, se salía de Jerusalem por la *puerta Judiciaria* á un monte llamado *Gareb*, cuyo monte terminaba en un cabezo de roca, que tendría unos ocho metros de altura, al cual cabezo se nombraba *Calvario*, ó porque en él se hallaba enterrada la calavera de Adán, ó porque en él había muchas calaveras de los muchos que allí ajusticiaban, ó por las dos cosas á la vez; el hecho es que en la cumbre de aquel cabezo plantaban las cruces donde quitaban la vida á los condenados á muerte.

Sobre el monte *Gareb*, y no lejos del *Calvario*, tenía un huerto José de Arimatea: José de Arimatea, que con Nicodemus bajó de la

cruz á Cristo, era un noble senador nacido en la ciudad de Ramma, que dista ocho leguas de Jerusalem, pero que habitaba una magnífica casa que poseía en el mismo Jerusalem, sobre el *monte Sión*, en cuya casa celebró Jesucristo el cenáculo é instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Según costumbre de los nobles hebreos de aquella época, había mandado construir para sí José de Arimatea un magnífico sepulcro, abierto á pico en una roca del huerto que tenía próximo al Calvario.

Llegó, hijo mío, el instante más grande del tiempo, el instante en que Jesucristo se entregó á la ferocidad del hombre para salvar al hombre: Jesucristo dió la vida á quien le dió la muerte, y con esto quiso enseñarnos, no sólo que nosotros debemos perdonar al que nos ofende, sino que debemos hacer bien al que nos hace mal, que debemos dar pan al que nos da insultos; y ya que de Jesucristo hablamos, nunca olvides, Alfredo, los santísimos ejemplos que sembró durante su vida y al tiempo de morir; mira, hijo de mi alma, que Jesucristo es Dios.

Alfredo escuchaba con respetuoso silencio. Su padre continuó:

Llegó una noche, noche que debía ser obscura y borrascosa; turbas del pueblo, turbas de escribas y fariseos, guiados por Judas, entraron en el huerto de Gethsemaní, donde Cristo oraba, y prendiéndole y atándole, le hicieron pasar el *torrente Cedrón* por un puentecito, que aún se conserva; le hicieron subir por un pendiente sendero que todavía conduce al monte Sión; lo entraron en Jerusalem por el portillo llamado hoy de los *Africanos* y entonces la *puerta Esterquilinaria*, y lo presentaron á Anás, padre de la mujer de Caifás; de casa de Anás lo llevaron á casa de Caifás, gran sacerdote aquel año, cuya casa se levantaba cerca de la casa de Anás; de casa de Caifás, cruzando todo Jerusalem, lo condujeron á casa de Herodes; de casa de Herodes lo llevaron al palacio de Pilatos; en el palacio de Pilatos lo sentenciaron á muerte, lo azotaron, lo coronaron de espinas y le cargaron la cruz á cuestas.

Cargado Jesucristo con la cruz, y seguido y escarnecido por un pueblo feroz, atravesó

una larga calle, que de Oriente á Occidente cruzaba y cruza lá ciudad, á cuya calle llaman desde entonces *calle de la Amargura*, y saliendo del poblado por la *puerta Judiciaria*, pasó el campo.

Fatigado ya Jesucristo, rendido y casi muerto por el dolor, principió á subir el *monte Gareb*, y llegó al *Calvario* entre el sonido de las trompetas y de los tambores, entre los gritos de un pueblo ebrio de sangre, y entre las voces del pregonero que publicaba su sentencia de muerte.

¡Hijo mío!.... Cristo fué crucificado en el Calvario; y pendiente de la cruz dijo momentos antes de expirar, levantando los ojos al cielo: *¡Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen!* ¿Comprendes, hijo mío, exclamó el marqués, el profundo sentido de estas sublimes palabras?....

Estas palabras dicen que cuando un hombre ofende á otro hombre, no sabe lo que hace ese hombre, y que nosotros perdonemos á todo el que nos ofende, para que á nosotros nos perdone Dios, á quien todos hemos ofendido.

El marqués y su hijo permanecieron en si-

lencio algunos instantes: el hijo, conmovido; el padre, meditabundo; y mientras tanto cantaban los pájaros, murmuraban las brisas y á lo lejos rugían las olas del mar. El marqués de Flora continuó:

—Poco después de exhalar Jesús el último suspiro, fué bajado de la cruz por Nicodemus y por José de Arimatea, y José de Arimatea dispuso que se enterrara el cadáver de su maestro en el sepulcro que para sí había abierto en una roca del huerto que poseía sobre el monte *Gareb*, no lejos del *Calvario*.

En aquel sepulcro se depositó el cuerpo de Jesús; sellos pusieron en la piedra que cerraba la entrada; guardias colocaron junto á esta entrada. ¡Infelices!.... las santas profecías tenían que cumplirse; al tercer día resucitó Cristo, y á pesar de los sellos y de las guardias, abandonó el sepulcro, creando con este portentoso milagro la religión cristiana, que es la que nosotros profesamos, que es la única verdadera.

Desde entonces el Calvario, símbolo antes de oprobio, y el sepulcro de Arimatea, símbolo de tristeza, han llegado á ser las mayo-

res glorias del mundo; desde entonces, devotos de todos los países acuden á visitar el monte Calvario y el Santísimo Sepulcro.

Los discípulos que Jesucristo dejó sobre la tierra, primeras columnas de nuestra religión, y la santísima Virgen, que con los discípulos de su divino hijo vivió algún tiempo, acudían á todas horas á visitar el Calvario y el sepulcro; muerta la Virgen y muertos los discípulos, aquellos hombres felices que conocieron á Jesús y vivieron con él, publicada ya su doctrina en los ámbitos del mundo, comenzaron á acudir cristianos de lejanas regiones á visitar los Santos Lugares y se arrodillaban y oraban, y lloraban en el Calvario y en el Sepulcro; pero en el año 136 de la muerte de Jesús, desplegando el emperador Adriano un furor insaciable contra los cristianos, cubrió de estiércol el Calvario y el Santo Sepulcro, colocó una estatua de Venus sobre el Calvario y otra de Adonis sobre el Santo Sepulcro, y prohibió que los cristianos se acercaran allí.

¿Qué importaba esto á aquellos hombres llenos de fe?

Creciendo con tales prohibiciones el fervor de los amantes de Cristo, guiados por sus Obispos, y exponiendo con placer la vida, adoraban de lejos el monte en que expiró Jesús y la roca en que estuvo enterrado su cuerpo.

El marqués de Flora cortó su narración aplazándola para el día siguiente, y entonces Alfredo manifestó deseos de hacerle una pregunta.

—Pregunta lo que quieras, hijo mio, le dijo su padre, y Alfredo se expresó en estos términos:

—Puesto que hoy Jerusalem ha ensanchado sus límites, ¿existen ya la *puerta Judiciaria* y la *columna de la Sentencia*?

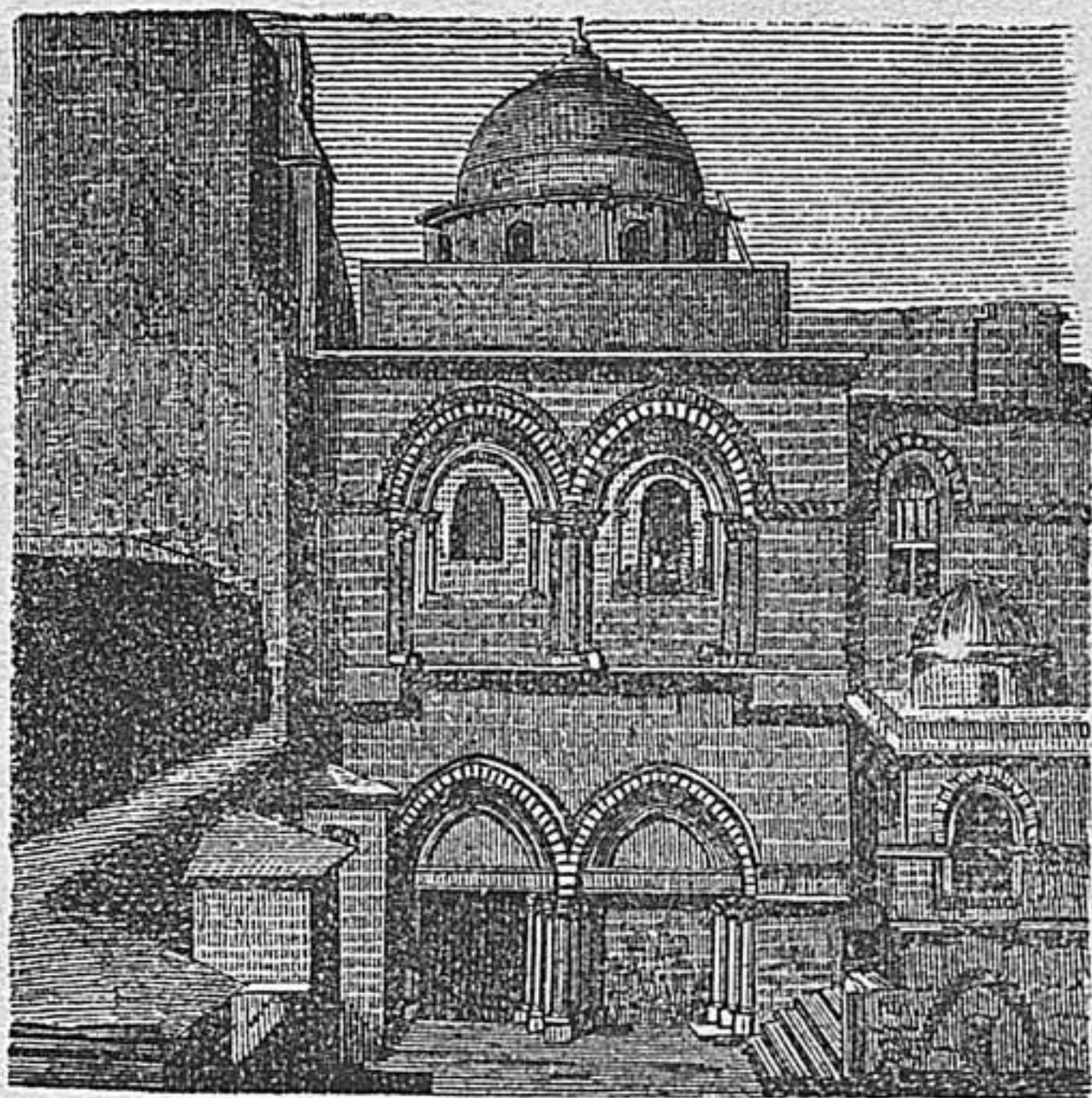
—La *puerta Judiciaria* existe aún, contestó el marqués, si bien no da al campo, sino á otra calle, y la *columna de la Sentencia* existía poco tiempo hace en una de las casas que se levantan frente por frente á la *puerta Judiciaria*; pero blanquearon por fuera aquella casa y ocultaron la columna, poniendo allí en el año 1875 una inscripción que indica que en aquel lugar estaba la columna en que

fijaron la sentencia de muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

El marques de Flora y su hijo Alfredo se retiraron á la quinta.



Templo del Santo Sepulcro.



ALBORADA TERCERA.

Apenas comenzaban á pintarse en el horizonte los primeros destellos del día siguiente, cuando saliendo de su quinta el marqués de Flora y su hijo, se sentaron en el poyo rústico que hay debajo del corpulento castaño, y el marqués habló de esta manera:

—No todos los tiempos, hijo mío, fueron adversos para los amantes de Cristo; las desgracias, así como los placeres, tienen fin en este mundo, y aquellas horribles persecuciones que los cristianos de Jerusalem y todos los cristianos de la tierra sufrieron, como te dije ayer, encontraron su término: en el año 327 de nuestra era, Constantino, emperador de Oriente, fundador de Constantinopla, hijo de Santa Elena, protegió el cristianismo.

En su tiempo salieron de las catacumbas de Roma los miles y miles de cristianos que, en profundos subterráneos, rendían culto al verdadero Dios, y Santa Elena se dedicó á proteger los santos lugares de Jerusalem.

Marchó ella misma á la Ciudad Eterna; á su presencia se derribaron las estatuas de Venus y Adonis que Adriano mandó colocar sobre el Santo Sepulcro y sobre el Calvario, se limpiaron de estiércol y de escombros aquellos venerandos lugares, y reuniendo los ancianos judíos, les hizo declarar el lugar en que, según la tradición, debía encontrarse enterrada la cruz de Cristo, y como cediendo á las amenazas manifestaran aquéllos que, se-

gún habían oído decir á sus antepasados, la cruz de Cristo y las de los dos ladrones que con Cristo fueron crucificados habían sido arrojadas á una cisterna próxima al Calvario, mandó Santa Elena practicar excavaciones en aquella enronada cisterna: la misma reina, la misma santa dirigía los trabajos, para lo cual le labraron en la roca un asiento que aún se conserva con el nombre de *silla de Santa Elena*.

Limpiaron la cisterna y no encontraron nada; pero comenzaron á limpiar otra que había cerca y bajo el nivel de la primera, y con gran contento de todos hallaron allí tres cruces y diferentes objetos de la pasión de Cristo.

Encontrándose Santa Elena con tres cruces iguales, no sabía cuál era la de Jesucristo; pero le ocurrió una idea, quizá inspiración divina: mandó llevar las tres cruces á una casa donde había una enferma; ella misma, acompañada de San Macario, obispo de Jerusalem, que también asistió á las excavaciones hechas en las cisternas, fué á aquella casa, aplicaron una cruz á la enferma y no produjo novedad alguna; aplicaron otra, y tampoco

produjo novedad; pero al aplicarle la tercera sanó de repente: es claro que esta era la cruz en que expiró el Salvador del mundo. Al salir á la calle Santa Elena, San Macario y el resto del acompañamiento, cruzaba por allí un entierro. Por si acaso hacían falta más pruebas de orden sobrenatural, mandó Santa Elena que se parara aquél; aproximó al muerto la cruz que ya se creía de Cristo, y el muerto resucitó en el acto.

Avanzaré en la narración, hijo mío, prosiguió el marqués de Flora, porque si me detengo en detalles, en sabrosas tradiciones, hay tanto y tan notable que referir de Tierra Santa, que no podría concluir en los días que vamos á permanecer en esta quinta.

—Como V. guste, padre, dijo Alfredo; pero me agrada tanto cuanto V. me refiere de Jerusalem.....

—Santa Elena, prosiguió el marqués, la madre del gran Constantino, queriendo poner á salvo de la intemperie los Santos Lugares, donde se operó la pasión de Cristo, y entregarlos al culto, edificó un grandioso templo que abarcó bajo sus colosales bóvedas el

Santísimo Sepulcro, el Calvario, la piedra donde ungieron á Cristo para darle sepultura, las cisternas donde se encontró la cruz, el lugar donde apareció Jesús á María después de su resurrección, el lugar donde se apareció á la Magdalena en traje de hortelano; y debía ser tan suntuoso, tan magnífico aquel templo, que describiéndolo un escritor de su época, dice *que producía el mismo brillo que un mar de oro.*

Pero á este templo, á esta joya del arte, á este monumento de la religión, concepción sublime de una reina piadosa, también llegó su fin.

En el año 614 entró en Jerusalem el bárbaro Cosroes, segundo rey persa; devastó la ciudad y redujo á escombros el templo que construyó Santa Elena. Poco tiempo después, un monje llamado Modesto, más tarde obispo de Jerusalem, viendo con dolor abandonados los Santos Lugares, sin culto y expuestos á la inclemencia del tiempo, construyó con mucho trabajo en quince años cuatro pequeñas ermitas, que cobijaban bajo su humilde techumbre, una el Santo Sepulcro, otra el Cal-

vario, otra el lugar en que se hallaba sentada María Santísima cuando pusieron en sus brazos á su hijo muerto, y otra la cisterna donde apareció la cruz; á cuyas ermitas llamaban: *Iglesia de la Resurrección, iglesia del Gólgota, iglesia de la Virgen é iglesia de la Invención de la Cruz.*

También, hijo mío, fueron devastadas estas ermitas, pues al comenzar el año 1010 se ensañó en ellas el califa Hakem, y las convirtió en ruinas; mas por uno de esos fenómenos raros, inexplicables, que ocurren en la vida de los pueblos, el mismo califa Hakem dió en el año siguiente permiso para reconstruirlas, y acto continuo aparecieron allí hábiles arquitectos con sus planos y peregrinos de todas las naciones, llevando oro y ofreciéndose á trabajar, de modo que sin tardanza quedaron reconstruídas como antes estaban las cuatro ermitas.

Brilló un día feliz para la cristiandad, un día que nunca puede borrarse de la historia y que nunca de la memoria del cristiano apartarse debe.

Sabiéndose en Europa el mal trato que los

mulsumanes daban á los infelices peregrinos que iban á los Santos Lugares, se despertó potente el sentimiento religioso; frailes y monjes, obispos y arzobispos, príncipes y reyes, caballeros y plebeyos, movidos todos por una misma fuerza, por la fuerza de la religión y de la caridad, se lanzaron sobre el Oriente, con objeto de arrancar del poder de los musulmanes el sepulcro de Cristo; como todos aquellos cristianos, franceses, ingleses, prusianos, alemanes, sacerdotes, príncipes, nobles y plebeyos, todos al comenzar aquella expedición se pusieron una cruz en el pecho, se llamaron *cruzados*, y aquellas santas, patrióticas y civilizadoras expediciones *las Cruzadas*.

Los cruzados, como aprenderás más adelante, tomaron á Jerusalem en el año 1099, arrojaron á los musulmanes de casi toda la Palestina, y se propusieron custodiar y hermo-sear los lugares donde se operó la redención del género humano.

Derribaron con respeto las cuatro ermitas y construyeron un colosal templo, que lo mismo que el que edificó Santa Elena, com-

prendiera bajo sus bóvedas el Calvario, el Santo Sepulcro, la cisterna donde apareció la cruz, y el lugar donde se hallaba María cuando pusieron en sus brazos á su hijo muerto.

Godofredo de Bouillón, primer rey cruzado de Jerusalem, estableció en el Santo Sepulcro veinte canónigos con buenas dotaciones, y lo abrió de nuevo al culto. Cuando más adelante, vencidos los cruzados por los árabes, abandonaron la Tierra Santa, la abandonaron también los canónigos, y los Santos lugares quedaron sin custodios y sin culto; pero en el año 1219 llegaron los frailes franciscanos con su fundador San Francisco, y pasando todos horribles trabajos, y muriendo muchos en el martirio, se establecieron allí.

Once años después, el Papa Gregorio IX nombró á los frailes franciscanos guardianes perpetuos del Santo Sepulcro, y desde entonces ninguna orden más que la franciscana tiene derecho á permanecer conventual en los Santos Lugares. El templo que edificaron los cruzados es el que hoy se conserva, el que yo he visto y el que te explicaré en la sesión de mañana.

—Ha dicho, V., padre, observó Alfredo, que á las Cruzadas fueron franceses, ingleses, prusianos, etc., pero no ha dicho V. que fueran españoles.....

—Es que á las Cruzadas, hijo mío, no fueron españoles.

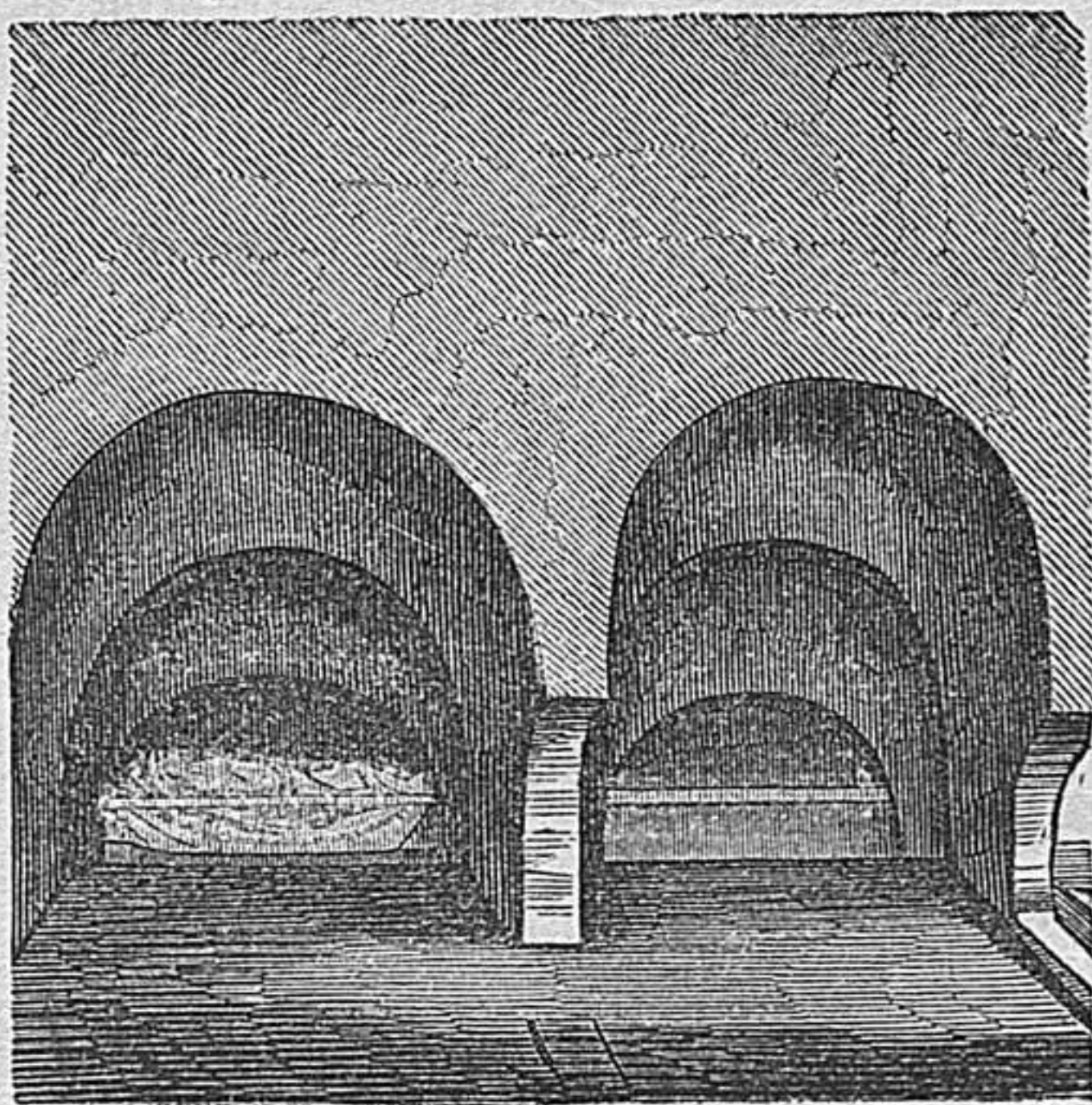
—¿Por qué?

—Porque los españoles tenían las Cruzadas en el seno de su país; porque cerca de cuatro siglos hacía entonces que los musulmanes habían invadido España, y los españoles, peleando como leones, inmortalizando sus nombres, sostenían una sangrienta guerra para reconquistar la independencia de su patria y el triunfo de su religión.

El marqués y su hijo entraron en la quinta.



Cristo en el Sepulcro.



ALBORADA CUARTA.

El cielo estaba cubierto de nubes, y durante la noche anterior había llovido algunas horas; así es que el marqués y su hijo ni salieron tan temprano de la quinta, ni se sentaron en el poyo que hay debajo del corpulento castaño, sino que abandonando sus jar-

dines, subieron al monte y se acomodaron en una piedra grande, al parecer labrada: el espectáculo que allí se ofrecía, si no era tan bello, era más grandioso; porque desde allí se descubría la ciudad de San Sebastian y sus paseos, el castillo y la isla de Santa Clara. el faro y la farola, y montes lejanos y el horizonte del mar.

Transcurridos algunos minutos, después que en aquella peña se hubieron sentado el marqués y su hijo, habló el marqués de esta manera:

—Voy á explicarte, querido Alfredo, esta mañana, el templo del Santísimo Sepulcro, tal como hoy se encuentra.

Saliendo de *Casanova*, que es una hospedería donde los frailes aposentan á los cristianos de todos los países, se baja por una calle pendiente, que llaman la *calle de los Cristianos*, y se llega á una plaza empedrada, donde se ve de frente la fachada de un majestuoso templo; este templo, que es el del Santísimo Sepulcro, tiene dos puertas, pero solo se entra por la de la izquierda, porque la de la derecha se halla tabicada con fuerte muro.

Penetrando por la puerta practicable, se encuentra un espacioso recinto, y lo primero que en él se ve es un *estrado* ó gran nicho, abierto en la pared de la izquierda, á un metro de altura, donde tres ancianos musulmanes fuman constantemente en largas pipas llamadas *arguilet*, ó toman café; estos musulmanes son los interventores que el Sultán coloca en el templo, en prueba del derecho que sobre aquel santo lugar ejerce. Marchando de frente quince ó diez y seis pasos, se llega á la *pedra de la unción*. A la derecha de la *pedra de la unción*, diez pasos distante de ella, se encuentra el primer peldaño de la escalera que sube al *Calvario*; cuarenta y cuatro pasos distantes del *Calvario* están las cisternas donde Santa Elena encontró la cruz, y treinta y seis pasos de la *pedra de la unción*, marchando á la izquierda, el *Santísimo Sepulcro*.

¿Entiendes, hijo mío, la posición que estos tres importantes lugares ocupan dentro del templo?

—Perfectamente, contestó Alfredo.

—Pues ahora te explicaré cada uno de ellos

en particular. La piedra de la unción cuenta dos metros de largo por uno de ancho; en cada uno de sus cuatro ángulos nace una erguida columna, las cuales entre todas sostienen un bonito templete del que cuelgan algunas lámparas siempre ardiendo.

Constantemente se ven peregrinos y frailes arrodillados junto á esta piedra y besándola con fervor, porque en esta piedra tendieron el cadáver de Cristo cuando lo bajaron de la cruz para ungirle con preciosos unguentos, envolverle en el sudario y conducirlo al sepulcro.

Yo también, hijo mío, me arrodillé junto á la piedra de la unción; yo también imprimí en ella un beso, que esta piedra, como todos los objetos y lugares que se conservan en aquel templo, despiertan en el alma ardientes sentimientos religiosos; allí renace la fe perdida ó se inflama la fe conservada.

Pero la piedra que se ve, la piedra que se besa, no es la misma piedra en que descansó el cuerpo de Cristo; aquella en que descansó el cuerpo de Cristo está debajo, siendo la que se ve una plancha de mármol con que han

cubierto la verdadera, para evitar que á peccitos se la llevasen todos los peregrinos, impelidos por el deseo, que allí nace insaciable, de conducir santas reliquias á su patria. Marchando treinta y seis pasos hacia la izquierda, desde la piedra de la unción, se entra en una magnífica y extensa rotonda de piedra sillar, formada por diez y ocho arcos estrechos, si bien elevadísimos, en las pilastras de cuyos arcos se abren dos órdenes de tribunas, pertenecientes parte á los católicos, parte á los griegos y parte á las armenios, y de cuyos arcos penden lámparas que, encendidas día y noche, alumbran aquella majestuosa estancia.

En medio de tan gran rotonda se levanta un templete octogonal, terminado en una bandilla de mármol, sobre la cual descuella una especial cúpula; cuadros y lámparas adornan este templete; cirios de dos metros de altura arden á derecha é izquierda de su entrada, y peregrinos de todos los países del mundo entran en él con fervor y salen llorando de emoción, porque dentro de aquel templete está el Sepulcro de Cristo.

No me queda duda, hijo mío, prosiguió el marqués de Flora, que tú creerás que el sepulcro de Cristo es un sepulcro como los nuestros, ¿no es cierto?

—Así lo creo, sí señor, respondió inmediatamente Alfredo.

—Y así lo creen la mayor parte de las gentes, prosiguió el marqués, pero no es así.

Los judíos, al menos los judíos ricos, formaban sus sepulcros de esta manera: en una roca abrían á pico una cámara cuadrangular, á la que se entraba por un agujero circular ú ovalado: en el fondo de la cámara, frente al primer agujero, abrían otro, también ovalado ó circular, que daba entrada á una segunda cámara igualmente cuadrangular; en esta segunda cámara, á la derecha del agujero, dejaban un banco ó meseta de piedra, que ocupaba desde el lienzo de entrada al lienzo opuesto; y sobre este banco de piedra colocaban el cadáver envuelto en el sudario, cerrando después con una piedra labrada el agujero que da entrada á la primera cámara ó gruta. ¿Tú no sabías esto?

—No, señor.

—Como el sepulcro de Cristo no es otra cosa que el sepulcro que José de Arimatea labró para sí, tiene la misma forma y construcción que el de todos los judíos; pero Santa Elena mandó picar este sepulcro al derredor, separándolo de la roca; hizo mayores los agujeros de entrada, lo revistió todo con preciosos mármoles y jaspes, y esculpió en él admirables molduras.

Hoy el sepulcro de Cristo se encuentra del modo siguiente: una puertecita que termina en un arco angrelado de finísimo mármol revestido, permite la entrada á la primera cámara; esta cámara cuenta tres metros cuarenta y cinco centímetros de largo por dos metros noventa centímetros de ancho; sus paredes, cubiertas de jaspe, deslumbran con su brillo, y en el centro se levanta un pedazo de piedra, de la que cubrió la entrada de la gruta durante los tres días que permaneció allí muerto Jesús; de aquella piedra, en la que estaba sentado el ángel cuando dijo á las Marías: *Resucitó, no está aquí*; por lo cual llaman á esta cámara *la capilla del Ángel*.....

Profundo silencio se disfruta en ella, y en

ella arden día y noche quince lámparas suspendidas del techo.

Frente á la primera entrada se abre otra entrada, también de mármol ó jaspe revestida, también esbelta, pero como la anterior obliga asimismo, por su poca altura, á doblar la cabeza al penetrar por ella. Los muros de la segunda cámara aparecen cubiertos de transparente jaspe, y á la derecha se levanta, cubierta de mármol blanco, la meseta en que descansó tres días el cadáver de Cristo.

Esta cámara, llamada *la capilla de la Resurrección*, porque en ella resucitó Cristo, cuenta dos metros siete centímetros de largo, y un metro noventa y tres centímetros de ancho; la meseta en que descansó Cristo durante los tres días de su muerte está adherida por tres lados á la cámara ó gruta, y mide un metro ochenta y nueve centímetros de largo, noventa y tres centímetros de ancho y sesenta y cinco centímetros de alto. Hijo mío, ¡qué recinto tan misterioso!.... ¡Qué lugar tan santo es aquél!....

Oye; á medio metro, encima de la meseta, que es el verdadero sepulcro de Cristo, se co-

rre en la pared de finísima piedra una graciosa cornisa de jaspe, sobre cuya cornisa, adheridos al muro, hay tres cuadros representando los tres la resurrección del Señor; el de la izquierda del observador pertenece á los católicos, el del centro pertenece á los griegos, y el de la derecha á los armenios.

Cuarenta y tres lámparas de plata pendientes de la bóveda esparcen día y noche sublime claridad, y flores que nacieron en el huerto de Gethsemaní exhalan allí sus perfumes entre los cuadros de la cornisa, colocadas en elegantes *bouquets* de cristal y porcelana, que allí han enviado príncipes y reyes de todas las naciones de la tierra.

Hijo mío, Alfredo querido, aquella solemne gruta, aquel santísimo recinto es el lugar más importante del mundo; Egipto, Grecia, Roma con sus monumentos, con sus historias, nada valen comparadas con el Sepulcro de Cristo.

Cuando el cristiano se arrodilla allí, cuando reclina su frente sobre la piedra en que descansó Jesús, tiembla su pecho, y su espíritu se remonta en fervorosa oración al cielo.

El marqués calló algunos instantes; su hijo estaba meditabundo y la atmósfera continuaba húmeda y cubierta de nubes.

—Regresando á la piedra de la unción, continuó el marqués, y marchando desde ésta diez pasos á la derecha, se llega al primer peldaño de la escalera que sube al Calvario.

En tiempo de Jesucristo no había escalera alguna en el Calvario, pero Santa Elena mandó también picar en torno de este cabezo, lo rodeó de un grueso muro, y labró en la misma roca una escalera de diez y ocho peldaños para facilitar la llegada á la cima.

Por esta escalera se sube en efecto á la cumbre de tan santo monte; y hoy esta cumbre se halla entornada por una parte de majestuosos muros y por otra de una barandilla de mármol, desde cuya barandilla se descubre el templo en toda su grandeza: el pavimento de aquel cabezo, teatro un día de tan grandes escenas, de escenas más grandes que los siglos, porque sobre los siglos vivirán, hoy aparece cubierto de bruñido mármol. La cumbre del Calvario, cubierta, como te digo, de bruñido mármol, forma un plano casi cua-

drangular que mide próximamente quince metros por cada lado.

En medio de este plano se levanta un altar hueco, es decir, un altar que forman cuatro columnitas sobre las que descansa una plancha, no recuerdo si de mármol ó madera; detrás de este altar, pero en contacto con él, se alza un majestuoso Crucifijo de tamaño natural; sobre el altar un gran candelabro con siete velas, azul la del centro, blancas las restantes, y debajo de este altar se abre en el suelo un agujero cuadrado, que tiene medio metro de profundidad, una cuarta de ancho en su boca y está defendido en sus bordes por una plancha circular de plata con un agujero circular en el centro.

Constantemente se ven peregrinos arrodillados en torno de aquel agujero, besándolo con frenesí, metiendo en él la mano con fervor y orando y llorando en torno suyo.....

¿Cómo no ha de suceder esto, hijo mío, si aquel es el agujero en que estuvo plantada la cruz de Cristo durante las tres horas que permaneció clavado en ella?

El pedazo de tierra que rodea aquel agujero-

ro recibió la sangre que, gota á gota, se desprendió del cuerpo de Jesús durante su acerba agonía; aquel pedazo de tierra es el pedazo de tierra más importante, más misterioso, más santo del mundo.

A dos metros al Sudeste y al Noroeste del agujero de la cruz, se perciben las señales donde estuvieron clavadas las cruces de los ladrones Dimas y Gestas, pero no se conservan los agujeros.

Ocho pasos á la izquierda del agujero de la cruz, es decir, ocho pasos á la derecha del observador, se ve señalado en el suelo con mosaico el punto en que los sayones clavaron á Cristo: detrás del agujero de la cruz, á la izquierda de él tres ó cuatro pasos, se levanta un altar señalando el precioso lugar en que María y San Juan permanecieron durante las tres amargas horas en que de la cruz pendió el Salvador del mundo.

Dos pasos á la izquierda del agujero de la cruz en la misma línea que éste, se percibe, haciendo girar una plancha de plata, la grieta que se abrió en el monte al exhalar Cristo el postrimer suspiro; y por último, doce pa-

sos á la izquierda del agujero de la cruz se descubre, asomándose á una reja practicada en el muro, una capilla que tiene su entrada fuera del templo: el altar de esta capilla fija el punto en que estaba sentada María Santísima cuando José de Arimatea y Nicodemus pusieron en sus brazos el cadáver de Jesús, recién bajado de la cruz.

Setenta y cinco luces arden día y noche en el Calvario... ¡Qué majestuosa claridad!... Hijo mío, ¡qué sublime silencio reina allí! Allí el pecador se avergüenza más que en ninguna otra parte de su pecado..... ¡porque allí derramó Cristo su sangre para redimirlo!

Hijo de mi alma, todos los cristianos deben ir una vez en su vida á visitar aquellos Santos Lugares, arrodillarse sobre el Santísimo Sepulcro y sobre el Calvario.

Del Santísimo Sepulcro dista noventa pasos la Basílica de Santa Elena; hoy llaman así á la primera cisterna que aquella reina mandó limpiar en busca de la cruz, y nada encontró; por una escalera de veintiocho peldaños se baja á esta caverna ó cisterna convertida en capilla, la cual mide doce pasos de

largo por nueve de ancho, á la cual alumbran sin cesar veinticuatro lámparas, y en la cual existen dos altares, dedicado el más bello á Santa Elena.

De esta capilla ó primer subterráneo se baja por trece anchas gradas á otro subterráneo más hondo ó segunda cisterna, que es donde aparecieron las cruces y los instrumentos de la pasión, porque allí los habían arrojado los judíos para que nadie los tocara y nadie quedase impuro, según su ley, durante ocho días.

Esta cisterna, convertida también en capilla, aceptó una forma altamente irregular; mide catorce pasos en su mayor largura, y en ella se levanta un altar debido al archiduque de Austria Maximiliano, que murió, emperador de Méjico.

Después de descansar algunos momentos, el marqués prosiguió:

—Estos son, hijo mío, los más importantes lugares que abraza dentro de sus muros el templo del Santísimo Sepulcro; pero además se designan en él otros muchos parajes también del más vivo interés, como son: el

punto en que se convirtió Longinos; el punto en que los soldados romanos echaron suertes sobre las vestiduras de Cristo; el punto en que Cristo se apareció á su Santísima Madre; el punto en que vestido de hortelano, se apareció á la Magdalena; los sepulcros de José de Arimatea y de toda su familia; el sepulcro de Godofredo de Bouillón; y como aquel templo es tan grande, hay también bajo sus bóvedas varias celdas casi sin luz, casi sin aire, donde frailes católicos, griegos y armenios pasan la vida retirados del mundo, y velando constantemente el Sepulcro de Cristo.

Además existe un sitio que envuelve una dulce tradición, que no quiero dejar de referirte.

Debajo del Calvario se ve un altar en contacto con la pared; retirando este altar se tropieza con una puertecita de hierro, y abriendo esta puerta de hierro se entra en una gruta de dos metros de profundidad, toda de roca, cuya gruta tiene encima una gran grieta abierta en la piedra; esta roca es la roca del Calvario; esta grieta es la continuación de la que vimos arriba, de la que se formó

cuando tembló la tierra al expirar Jesus, y á esta gruta llaman *El sepulcro de la calavera de Adán*.

—¿Por qué? preguntó Alfredo.

—Voy á contestarte, respondió el marqués. Sabes que el fundador de Jerusalem fué Melquisedek; pues en Oriente es opinión por todos admitida que Melquisedek no fué otro que Sem, primer hijo de Noé; cuentan que Noé conservaba los huesos de Adán como una preciosa reliquia; que al salir del arca, después del diluvio, los repartió entre sus hijos Sem, Kan y Jafet, y que á Sem, como primogénito, entregó la calavera: al fundar Sem á Jerusalem, enterró aquella célebre calavera en el pico más alto del monte Gareb: por oculto designio de Dios eligieron mucho tiempo después los judíos aquel cabeza para crucificar los reos; por eso crucificaron allí á Cristo; al expirar Cristo tembló la tierra, se quebrantó el Calvario; en la resquebrazadura que se abrió penetró la sangre de Cristo, que fué á caer sobre la calavera de Adán, lavando así la sangre de la víctima divina la culpa del primer pecador.

Y esta es la razón por qué en los Crucifijos ponen una calavera debajo de los pies de Cristo. La calavera que debajo de los pies de Cristo ponen, hijo mío, es la calavera de Adán.

—Dígame V., preguntó Alfredo, que quedó agradablemente sorprendido al escuchar esta tradición; ¿todos los lugares del templo del Santísimo Sepulcro pertenecen á los católicos?

—No por cierto, contestó el marqués; están repartidos entre los frailes católicos, griegos, armenios y abisinios, de este modo: el Santo Sepulcro pertenece á todas las religiones; el altar del Calvario, bajo el cual se abre el agujero de la cruz, pertenece á los griegos; el altar que señala el punto en que permanecieron la Virgen y San Juan, mientras Cristo pendió de la cruz, el pequeño recinto en que crucificaron á Cristo y la capilla donde se encontraba María cuando pusieron en sus brazos á Jesús muerto, pertenecen á los católicos; la primera cisterna que abrió Santa Elena para buscar la cruz de Cristo, pertenece á los abisinios; la segunda

ó más honda pertenece á los católicos, y de una manera análoga se hallan distribuídos todos los demás lugares de Tierra Santa.

—¿Y se rinde mucho culto en el templo del Santísimo Sepulcro? pregunto Alfredo.

—Mucho y muy sencillo, pero muy expresivo, respondió el marqués.

Todas las tardes á las cuatro celebran una solemne procesión, los católicos primero, después los griegos y después los armenios, cuya procesión va recorriendo todos los sitios que te he descrito: y durante todo el año se celebran misas y maitines en el sublime recinto del Santísimo Sepulcro: á las diez y media de la noche comienzan los católicos, ó sean los frailes franciscanos, á cantar maitines; cuando concluyen, que son las once y media, principian los griegos á celebrar misa cantada en el mismo Santísimo Sepulcro; cuando la terminan, que suele ser á las dos y media de la mañana, empiezan los armenios la suya, también cantada; y cuando los armenios acaban, que ya son los cinco, celebran los frailes franciscanos dos rezadas y una cantada, las tres consecutivas.

—Ya ves, hijo mío, que mientras nosotros pasamos en Europa la noche entregados al sueño, ó desvanecidos en teatros, en bailes y tertulias, en el Santísimo Sepulcro no cesan ni un momento los cánticos de alabanza, que frailes católicos, griegos y armenios elevan á Dios.

Como de repente comenzaran á desprenderse de las nubes gruesas gotas de agua, precursoras al parecer de copiosa lluvia, se levantaron de la piedra en que estaban sentados el marqués y su hijo, y echando á andar ligeros, se dirigieron á la quinta.



Cristo con la Cruz á cuestas.



ALBORADA QUINTA.

Como sucede con frecuencia en verano, tras una noche tempestuosa apareció un día claro y sereno. Ni una nube manchaba el azul del cielo; las brisas soplaban perfumadas con la esencia de las flores, y los pájaros cantaban entre la espesura del follaje.

Sentados en el poyo que se alza debajo del corpulento castaño el marqués y su hijo, habló el marqués de esta manera:

—Hijo mío, te he enterado durante las pasadas alboradas de los lugares más notables del mundo, que son los que se encierran en el grandioso templo del Santísimo Sepulcro: hoy vamos á hablar de otro lugar de no menos importancia para el cristiano; de aquella santa calle que Cristo recorrió con la cruz á cuestas, de aquella calle que el Redentor del mundo regó con su sangre, cuando, impelido por los pecados del hombre, subió al Calvario.

La calle de la Amargura, querido Alfredo, es una calle estrecha, que principia en casa de Pilatos y termina en la puerta Judiciaria.

Yo he cruzado esa calle; y si vieras, hijo mío, qué reflexiones asaltan nuestra mente..... qué emociones abrasan nuestra alma al sentar nuestro pie allí donde los sentó Jesús cuando caminaba con la cruz á cuestas..... donde cayeron las lágrimas de María que, llena de congojas, seguía paso á paso á Jesús..... ¡Aquella calle es uno de los lugares

más santos, más conmovedores de la tierra!

—Oye, Alfredo; si nos colocamos fuera de Jerusalem, en el Torrente Cedrón, y nos dirigimos á la ciudad, tendremos que entrar en ella por la puerta que antiguamente se llamaba de *Josafah*, y hoy de *San Esteban*; y se llama hoy de *San Esteban*, porque antes de llegar á ella, pero á ella muy próxima, se extiende á mano izquierda una pequeña pradera donde apedrearón á aquel santo.

Poco después de penetrar por esa puerta, es decir, andando algunos pasos por la calle, se ve á mano derecha una puerta donde siempre hay sentado un portero negro, por cuya puerta se entra á un jardín dentro del cual se alza un templo de piedra blanca, y tomando en este templo una escalera de veintitrés peldaños, se baja á dos subterráneos abiertos á pico, que formaron un día la casa de San Joaquín y Santa Ana.

A la izquierda de la calle de que venimos hablando, á muy corta distancia de la casa de San Joaquín y Santa Ana, en la acera opuesta, se descubren las majestuosas ruinas de unos arcos, en medio de los cuales se abre

entre hierbas é inmundicias un pozo de unos tres metros de profundidad con una boca ovalada de ciento diez metros de largo por cincuenta de ancho, con un poco de humedad en el fondo; este sucio y abandonado hoyo es la célebre *piscina probática*, aquella piscina cuyas aguas removía en otro tiempo un ángel que para ello bajaba del cielo, y donde se curaba el primer enfermo que, después de agitar las aguas el ángel, se bañaba en ella.

Subiendo algunos pasos por esta calle, se encuentra en la acera de la izquierda una casa grande, antiquísima, que hoy sirve de cuartel al ejército turco; esta es la casa de Pilatos.

En esta casa se pronunció la sentencia de muerte contra Jesús; en esta casa lo azotaron; en esta casa lo coronaron de espinas; en esta casa lo pusieron la cruz á cuestas; en esta casa comenzó la redención del género humano..... ¡Santa casa!..... ¡Qué escenas tan sublimes ocurrieron en una noche solemne dentro de sus sombríos muros!.....

Aquí comienza *la vía Dolorosa* ó *la calle de la Amargura* ó *el camino de la cruz*.

¡El camino de la cruz!.... Ese camino que, cada uno á su manera, todos tenemos que andar en esta vida..... que la vida para el hombre no es, querido Alfredo, más que una nueva calle de la Amargura..... un tiempo de expiación..... un período de sufrir!....

En uno de los ángulos de la casa de Pilatos arranca un arco que pasa á la otra acera, en cuyo arco se ve una galería; este arco es el que la Biblia llama *Lithostrotos*, y aquella galería es en la que Pilatos enseñó á Jesús al pueblo, cuando dijo: *Ecce Homo*; por lo cual hoy dan á ese arco el nombre de *arco del Ecce Homo*.

En la casa de Pilatos se verificaron la *primera estación*, que fué cuando á Cristo leyeron la sentencia de muerte, y la *segunda*, que fué cuando le pusieron la cruz á cuestas.

Caminando por esta calle trescientos ocho pasos, se ve el fuste de media columna, tendido en el suelo y enterrado hasta la mitad de su diámetro; este medio fuste señala el punto en que Cristo cayó por primera vez con la cruz á cuestas, ó sea la *tercera estación*.

Andando desde aquí cincuenta y cuatro

pasos, encontramos, también á mano izquierda, una calleja que desemboca en la calle; por esta calleja bajaba María, cuando al entrar en aquella horrible calle se encontró con su hijo.

Creo, Alfredo, que al pisar el cristiano este pedazo de tierra, siente estremecerse su pecho: aún parece que resuenan entre aquellas paredes los clarines de los soldados, la ronca voz del pregonero que publica la sentencia, y el griterío de un pueblo imbecil que, al conducir á Jesús al Calvario, labraba su propia ruina y la de toda su descendencia. ¡Ah!.... ¡Y cuánto debió padecer María al encontrarse con Jesús en aquel estado!.... El encuentro de Jesús y María constituye la *cuarta estación*, y aquí deja la calle el nombre de *vía Dolorosa* para tomar el de *calle de la Amargura*.

Avanzando cuarenta pasos, se llega á una lápida de medio metro en cuadro, incrustada en la pared de la izquierda, cuya lápida precisa el lugar en que, temeroso el pueblo judío de que Jesús muriera en el camino y no pudiese llegar al Calvario, alquilaron á Simón

Cirineo para que le ayudara á llevar la cruz; esta escena constituye la *quinta estación*.

Continuando ciento veintisiete pasos, se cruza por delante de una casa pequeña y humilde, que es la casa ó el solar donde estaba la casa de la Verónica, de aquella piadosa mujer que, despreciando la tropa y el pueblo, limpió á Jesús el rostro, inundado de sangre y de sudor, quedando en su lienzo impresa la faz del mismo Jesús: la casa de la Verónica señala la *sexta estación*.

Siguiendo noventa y cinco pasos más, se llega á la puerta Judiciaria, donde Jesús cayó segunda vez, cuya caída forma la *séptima estación*.

Ya te dije, hijo mío, que en aquel tiempo concluía Jerusalem en esta puerta, y que por esta puerta se salía al monte; hoy, como Jerusalem ha recibido otro ensanche, después de la puerta Judiciaria aun hay más calles, como que entre calles está también el templo que cubre con sus bóvedas el Santo Sepulcro y no menos santo monte Calvario.

Adelantando cuarenta y nueve pasos, se halla una piedra clavada en la pared, que de-

termina el punto, entonces monte, en que volviéndose Jesús hacia las hijas de Jerusalem, les dijo *que no lloraran por él, sino por sus propios pecados y por los pecados de sus hijos*. Este encuentro es la *octava estación*.

Trescientos cuarenta y un pasos más arriba está ya el templo del Santo Sepulcro, que ocupa la cima del monte *Gareb*; clavado en el suelo y reclinado en el muro del templo, no en el de la puerta de entrada, sino en el opuesto del edificio, se ve un pedazo de columna que indica el lugar en que Jesús cayó tercera vez con la cruz á cuestas, ó sea la *novena estación*.

Las cinco estaciones restantes se hallan dentro del templo, cuyo repartimiento ya te expliqué ayer por la mañana.

Hijo mío, ¡qué triste es la calle de la Amargura! ¡No se puede andar por ella sin recordar las lúgubres, si bien sublimes escenas que en ella ocurrieron un día! ¡Siempre que yo la atravesaba se presentaban á mi imaginación Jesús con la cruz á cuestas, las hueses romanas que lo conducían al suplicio, el

pueblo judío que pedía su muerte á gritos, y la dulcísima María que, angustiada, casi sin fuerzas, moribunda casi, marchaba detrás de aquella bárbara comitiva, regando con sus lágrimas las gotas de sangre que había derramado su Hijo..... Pero en aquel instante sin igual en el tiempo, estaban sin duda abiertos los cielos para que desde los cielos contemplaran los ángeles las escenas que ocurrían en la tierra.

Calló el marqués, y Alfredo permaneció con los ojos fijos en el suelo, conmovido por la narración de su padre, quien continuó:

—Resumiendo cuanto llevo dicho esta mañana, tenemos que la *vía Dolorosa* comienza en la casa de Pilatos y termina en el punto en que Jesús se encontró con su Santísima Madre; que en este punto comienza la calle á llamarse *calle de la Amargura*, la cual termina en la *Puerta Judiciaria*; y por último, que en tiempo de Jesucristo limitaba Jerusalem con la *Puerta Judiciaria*, y todo el trayecto que media entre esta puerta y el Calvario era un monte, el *monte Gareb*, que acababa en un cabezo llamado *Gólgota* ó *Calvario*.

Además, hijo mío, te diré también que según resulta de las medidas que yo mismo tomé, cuando tuve el placer de pisar aquella santa calle, anduvo Jesucristo con la cruz á cuestas, desde que se la cargaron en hombros hasta que cayó la primera vez, *trescientos ochenta pasos*; desde que cayó la primera vez hasta que se encontró con su Santísima Madre, *cincuenta y cuatro pasos*; desde que se encontró con su Santísima Madre hasta que comenzó á ayudarle el Cirineo, *cuarenta pasos*; desde que comenzó á ayudarle el Cirineo hasta que la Verónica le limpió el rostro, *ciento veintiún pasos*; desde que la Verónica le limpió el rostro hasta que cayó segunda vez, ó sea en la puerta Judiciaria, *noventa y cinco pasos*; desde que salió de la ciudad por la puerta Judiciaria hasta que se encontró con las hijas de Jerusalem, *cuarenta y nueve pasos*: y desde este punto hasta la cumbre del Calvario, *doscientos noventa y dos pasos*. De modo que el Salvador del mundo anduvo con la cruz á cuestas dentro de la ciudad, ó sea en la calle de la Amargura, comprendiendo la vía Dolorosa, *seiscientos*

setenta y tres pasos; desde la puerta Judiciaria hasta el Calvario, ó sea por el monte, trescientos cuarenta y un pasos, y en todo el trayecto, es decir, desde la casa de Pilatos, en que la pusieron en sus hombros, hasta el Calvario, en que se la quitaron para crucificarlo, mil catorce pasos.

Como ya el sol calentaba demasiado, suspendió su relación el marqués, y éste y su hijo entraron en la quinta.



La Virgen lavando los pañales del Niño Jesús.



ALBORADA SEXTA.

Sentados Alfredo y su padre en el banco rústico que entre flores se levanta bajo la espesa copa del castaño, se expresó el padre en estos términos:

—Hijo querido, aunque los más importantes lugares de Tierra Santa son aquellos en

que Cristo exhaló el postrimer suspiro, y en que estuvo sepultado durante tres días, dando á la religión que profesamos con el portentoso milagro de su resurrección el infalible carácter de divina, interesantes son también los sitios que hoy vamos á recorrer juntos.

Atravesando Jerusalem por la *calle de la Amargura*, que ahora ya conoces, se sale de la ciudad por la *puerta de San Esteban*, y puestos en el campo, si nos corremos á la derecha por la orilla del *Torrente Cedrón*, sin pasar á la opuesta, llegaremos, transcurridos algunos minutos á una hermosa y poética fuente llamada la *f fuente de la Virgen*.

La fuente de la Virgen brota en la falda del monte Sión, sobre el que se levantan los muros de Jerusalem, en el fin meridional de la ciudad, en la línea que separa las tribus de Judá y Benjamín, y la forma una bóveda á la que se entra por un arco ojival grande, desde cuyo arco se baja por una ancha escalera de treinta y tres peldaños al tranquilo depósito de agua que mana junto al último peldaño. Sumergidas parte en el agua, hay

grandes piedras labradas, colocadas en sentido diagonal, para que laven su ropa las jóvenes de Jerusalem; cuando la Virgen vivió en aquella ciudad, ella misma lavaba en esta fuente, según la tradición afirma, los pañales del niño Jesús.

Por eso todos los viajeros acuden á ver esa fuente, que contemplan con cariño; por eso todos cogen flores de las que modestas crecen en sus orillas.

Frente á la fuente de la Virgen, al otro lado del Torrente Cedrón, se levanta el *monte Olivete*; alto, cubierto de olivos y de otros árboles de un fresco verde; monte que parece confundirse con el cielo, y que forma un caprichoso y festoneado horizonte.

Entre los muchos sitios de místicos recuerdos que deben admirarse en aquel monte, nos fijaremos en el *huerto de Gethsemaní*, en la *gruta de la agonía*, en el *sepulcro de la Virgen*, en el *lugar en que Jesucristo enseñó el Padre Nuestro á los Apóstoles*, y en la *piedra de la ascensión á los cielos*.

—¡Cómo me gusta hablar de todos estos lugares! exclamó Alfredo.

—No puede menos de suceder así á todo niño instruído y de sentimientos religiosos, contestó el marqués, porque en estos Santos Lugares se desarrolló la historia de Cristo y se operó la redención del género humano.

—¿Quiere V. continuar, padre? repuso Alfredo.

—Oyeme, hijo mío, contestó el marqués, y prosiguió de esta manera:

El huerto de Gethsemaní nace en la falda del monte Olivete, un poco más arriba del Torrente Cedrón, frente por frente de Jerusalem: en tiempo de Jesucristo este huerto era muy grande, pero hoy se reduce á cuatro paredes blancas, que los frailes franciscanos han levantado para conservar los objetos venerables que en él se encierran.

Este huerto se halla dividido en cuarteles por verjas de madera pintada, en cuyos cuarteles abren sus corolas multitud de flores, que con su aroma embalsaman aquella atmósfera; y entre estas flores se conservan ocho monumentos de la cristiandad, ocho seculares y corpulentos olivos que existían en la noche santa, santa y sublime, en que Cristo oró por

última vez, en aquella noche horrible en que Judas lo entregó á sus enemigos para que lo crucificasen.

Estos ocho olivos, compañeros de Cristo, testigos de su pasión, conmueven tanto el corazón del hombre, que le hacen caer de rodillas junto á sus troncos é inclinar la frente bajo sus misteriosas copas.

Fuera de las blancas tapias que hoy rodean el huerto de Gethsemaní, se ve señalado con una lápida el punto en que Judas dió el traidor beso á Jesucristo.

No lejos de este huerto se encuentra la caverna en que oró Cristo la noche en que lo prendieron las turbas.

Tú creerás, Alfredo, como generalmente se cree en Europa, que Jesús oró al descubierto, debajo de un olivo, pero no sucedió así: Jesucristo se retiraba todas las noches á una profunda cueva, y en ella, separado del ruido del mundo, se comunicaba en santa oración con su Eterno Padre; y en aquella cueva fué donde oró también la última noche de su vida; aquella noche que nunca debe borrarse de la memoria del hombre, porque por el hom-

bre sudó gotas de sangre..... ¡gotas de sangre que cayeron hasta el suelo!

Hoy esta santa cueva, á la que llaman *gruta de la Agonía*, es un templo al que se baja por una escalera de ocho peldaños, que cuenta once metros de largo por ocho de ancho, que conserva su primitiva forma irregular, y que recibe la luz por un agujero practicado en la vóveda.

A la escasa luz que penetra por el agujero, y á la luz vacilante de las lamparas que allí arden día y noche, se descubren tres altares, uno en el centro y dos á los lados; y una señal que se ve en el suelo, debajo del altar del centro, indica el punto en que Jesús fijó sus rodillas la tremenda noche que allí oró y pidió por el hombre á su Divino Padre.

A muy corta distancia de la gruta de la Agonía hay otro templo, cuya puerta adornan multitud de columnillas y arcos ojivales, á cuyo templo llaman *la Basílica de la Virgen*, porque en ella estuvo tres días enterrada María Santísima, hasta que entre coros de ángeles fué arrebatado su cuerpo al cielo.

Una escalera de cuarenta y ocho peldaños conduce al fondo, que es una iglesia en forma de cruz; cuando, bajando, se llega al peldaño veintidós, se encuentran dos grutas, una á la derecha y otra á la izquierda; en la de la izquierda están los sepulcros de San Joaquín y Santa Ana, y en la de la derecha el de San José.

Cuando se llega al fondo, cuando se llega á aquel plácido y silencioso recinto que alumbran multitud de lámparas, se entra en una capilla cuadrangular, situada á mano derecha, cuyos muros de roca natural cubren flotantes tapices de seda, adherida á cuyos muros se alza una banqueta de piedra, revestida de planchas de mármol blanco; sobre esta banqueta se levanta un altar hueco, del que penden ocho lámparas siempre encendidas, y junto á aquella banqueta se arrodilla el viajero é inclina la frente con fervor, porque sobre aquella banqueta descansó tres días el cadáver de María Santísima.

Hijo mío, saliendo del sepulcro de la Virgen y subiendo media hora por el monte Olivete, se llega al punto en que Jesucristo,

cuando le preguntaron los Apóstoles cómo habían de orar, les enseñó el *Padre Nuestro*.

El Padre Nuestro es la principal, la más expresiva de las oraciones que tiene la Iglesia, como dicha por el mismo Jesucristo; y si cumplimos lo que en él expresamos al rezarlo, podremos llegar á ser justos.

Una célebre y rica señora, la princesa de Latour d'Auvergne, que aún vive, ha comprado aquel terreno, ha construído en torno suyo un magnífico patio ó colosal peristilo con galerías y columnas de piedra tan blanca como el mármol; en las paredes de este sitio ha escrito el Padre Nuestro en grandes letras y en treinta y dos idiomas, y junto al patio ha fundado un convento de religiosas.

Por último, saliendo de este patio, que llaman el *Pater noster*, y subiendo algunos minutos, se domina la cumbre del monte Olivete; en esta cumbre se levanta una pequeñísima aldea de musulmanes, llamada *Zeitoun*, en cuya aldea hay una reducida mezquita ochavada, en la que no permiten entrar sin hacer á los árabes que la cuidan una gratificación ó *bakchik*.

Alfredo, aquella mezquita, pequeña, vieja y sucia, es uno de los monumentos de mayor interés para el cristianismo, porque casi en el centro de aquella mezquita se ve clavada en el suelo una peña rodeada de planchas de mármol blanco, y estampada en la peña la huella de un pie de hombre; esta huella es la que dejó uno de los pies de Cristo cuando se remontó á la gloria.

Allí, hijo mío, allí mismo, después de terminada su pasión y de haber redimido al género humano del pecado, se elevó Jesucristo á los cielos al frente de ciento veinte personas, entre las que estaban su purísima Madre y sus discípulos.

Cristo dejó estampada en aquella santa piedra la huella de los dos pies, pero la de uno ha desaparecido, porque los peregrinos de todos los siglos se la han llevado, arrancando pedacito á pedacito la piedra.

Bajando ya del monte Olivete, se encuentran poco antes que el Torrente Cedrón los sepulcros de Santiago el menor, de Absalón, hijo de David, de Zacarías y de Josafah, y aquí comienza el majestuoso *Valle de Josa-*

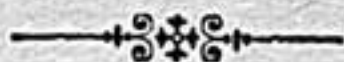
fah, en el que todos hemos de aparecer al fin del mundo, y que no es otra cosa que la parte más árida de la falda del monte Olivete.

Allá se señala el lugar en que existió la higuera donde se ahorcó Judas, muy cerca del Torrente Cedrón, y desde allí se ve, casi á la otra parte de Jerusalem, *accéldama* ó *ayer sanguínis*, el terreno que los escribas y fariseos compraron á un alfarero para enterrar peregrinos, con las treinta monedas que Judas había recibido por la venta de Cristo, y que las devolvió poco antes de ir á ahorcarse. Este campo es pequeño, áspero y tan solitario, que ni pájaros se encuentran en él.

—¿Por qué compraron los escribas y fariseos ese campo con las monedas que devolvió Judas? preguntó Alfredo.

—Porque como eran las monedas que le dieron por la venta de Cristo, eran *precio de sangre*, y no podían volver á entrar ya en el Erario público. Mañana, prosiguió el marqués, continuaremos nuestras explicaciones.

Y el padre y el hijo se levantaron del poyo y se dirigieron á la quinta.



Los pastores son avisados por el ángel.



ALBORADA SÉPTIMA.

Sentados como todas las mañanas el marqués de Flora y Alfredo al pie de corpulento castaño, cuando apenas se teñía el horizonte con los primeros fulgores del alba, habló el marqués de esta manera:

—Hijo mío: las cartas que recibí por el co-

rreo de anoche, me llaman á París: sólo dos días podemos ya permanecer juntos en estos pintorescos valles; pasado mañana partirás tú para Madrid, donde vivirás con tus tías, y yo para París.

Alfredo se entristeció sobremanera al oír que iba á separarse de su padre.

—Pero no quiero dejar sin concluir la historia de la Judea, que he principiado á explicarte, continuó el marqués, y puesto que aún nos faltan dos lugares importantes de qué hablar, *Betlhem* y el *Jordán*, nos ocuparemos hoy de *Betlhem* y mañana del *Jordán*.

—Mayor interés del que esperaba ha despertado en mí la historia de los Santos Lugares, dijo Alfredo.

—Pues escuha, contestó el marqués. Ahora vamos á visitar la ciudad de Betlhem; ahora vamos á ese pueblo, cuyo nombre comienza á resonar en nuestros oídos en los días felices de nuestra infancia, nombre dulce que sale de los labios de nuestra madre; nombre dulcísimo, porque es una dulcísima historia la que se realizó en él.

A Jerusalem, hijo mío, fuimos á contem-

plar una cruz y un sepulcro; á Betlhem vamos á ver un nacimiento y una cuna; en Jerusalem vemos al hombre prender á Jesús y azotarlo y escupirle al rostro; en Betlhem vemos al hombre adorar á Jesús y ofrecerle sus dones; en Jerusalem feroces sayones cargaron á Jesús con la cruz áuestas; inocentes pastores ofrecen á Jesús leche y miel en el portal de Betlhem; por último, nace Jesús en Betlhem, y en Jerusalem muere Jesús; y como las cosas de Dios nunca acaban, porque son infinitas como él, hoy mismo, después de mil ochocientos y tantos años, todo es tristeza en Jerusalem, todo es alegría en Betlhem.

Saliendo, pues, de Jerusalem por la *puerta de Jaffa*, y marchando media hora por un buen camino hacia Occidente, se encuentra á mano izquierda una cisterna, en la cual se une al camino otro más estrecho que parte de la *puerta de Sión*.

Sabes, hijo mío, que la estrella que guió á los magos desapareció cuando éstos entraron en Jerusalem, y volvió á aparecer cuando salieron; pues bien: el camino que se toma en la *puerta de Sión* y se une con el otro en la

cisterna, es el que llevaron los magos, y la cisterna señala el punto en que los magos se encontraban cuando volvió á aparecérseles la misteriosa estrella.

Andando media hora más, se llega á un convento que se levanta á mano derecha del camino, en un desierto; este es el *Desierto de Elías*, y el convento se halla construído sobre la misma cueva donde se recogía el santo; las visitas de este elevado lugar son deliciosas: al Oriente se descubren las cúpulas y minaretés de Jerusalem; al Occidente las sencillas casas de Bethlem; al Occidente tenemos el placentero lugar en que Jesús nació; al Oriente el lugar sombrío en que á manos del hombre murió Jesús.

Caminando media hora más, se encuentra también á la derecha del camino una pequeña sinagoga casi siempre cerrada, dentro de la cual está el sepulcro de Raquel, la esposa de Jacob, la madre del pueblo de Israel, del pueblo escogido por Dios; media hora más tarde, esto es, dos horas después de haber salido de Jerusalem, se entra en Bethlem.

Bethlem es un pueblo que se extiende de

Oriente á Occidente, en la ladera meridional de un monte; delante de Betlhem arranca una pintoresca vega escalonada, con muchas viñas, con muchos granados, con muchas higueras, con mucha hortaliza: en Jerusalem no hay vegetación; en Jerusalem los hombres son meditabundos, esquivos, traidores; en Betlhem expansivos, nobles, alegres; en Jerusalem llevan las mujeres la cara cubierta con un pañuelo que llaman *mendir*; en Betlhem la llevan descubierta, y muy adornada la frente con monedas de oro, de plata y de cobre.

En el extremo meridional de Betlhem, un poco retirado de él, se alzan juntos tres amurallados conventos, que parecen tres castillos: pertenecientes uno á los católicos, otro á los griegos y á los armenios otro.

Dentro de estos conventos existe un magnífico templo llamado la *basílica de Santa Elena*; en este templo principian dos órdenes de escaleras casi obscuras, uno compuesto de diez y seis peldaños y otro de trece, cuyos dos órdenes de escaleras van á parar al *portal de Betlhem*.

El *portal de Betlhem*, ó como allí llaman, la *gruta de la Natividad*, no es precisamente el portal de un mesón, es un *kan*, es decir, una *caverna* de las muchas que hay en aquel país, construídas para que los pastores recojan sus rebaños en las noches de invierno, ó para que en las noches de invierno se alberguen en ellas los caminantes pobres.

Esta santa gruta, lugar hoy el más apreciable del mundo, cuenta doce metros de largo por tres ó cuatro de ancho, y termina en un ábside ó concavidad, donde había un pesebre, en el que comían una vaca y una mula.

Pobres y desamparados el santo varón José y la dulcísima Virgen María, se cobijaron allí la noche del 23 al 24 de Diciembre del año 4004 de la creación del mundo; y á las doce en punto nació en aquel humilde rincón Jesús, el hijo de Dios, el Dios mismo, el Rey de los cielos y la tierra, el creador del universo; pero pronto cambió todo de aspecto, y los pastores de la comarca fueron á ofrecerle sus humildes presentes; y sabios ó reyes de lejanos países, acudieron á presentarle sus ricos dones, y una fuente de agua cristalina

brotó en la cueva, y rasgándose los cielos partieron de ellos regiones de ángeles, cantando por los aires *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

El Marqués de Flora calló y descansó algunos instantes. Alfredo escuchaba con suma atención. El marqués prosiguió:

—Hoy el ábside de la gruta ó el rincón en que la Virgen dió á luz al niño Jesús está cubierto de colgaduras, regalo de los príncipes y reyes de todas las naciones.

El punto preciso en que nació Jesús se halla señalado en el suelo con una gran estrella de plata sobredorada, de media vara de diámetro, en la cual se leen grabadas en latín, con finísimo buril, estas palabras: *Aquí nació Jesucristo, de la Virgen María.*

Sobre la estrella hay una mesa de altar, sostenida por cuatro columnas, de cuyo altar penden quince lámparas pequeñas, que arden día y noche: á la distancia de dos metros y medio del lugar en que nació Jesús existe otra pequeña caverna á la izquierda, á la cual se baja por tres gradas, en cuya ca-

verna estaba el pesebre de madera donde comían la vaca y la mula, y donde María, la reina de los ángeles, colocó al niño Jesús, porque no tenía otra parte donde reclinarlo, y para que la vaca y la mula le dieran calor con su aliento.

Santa Elena se llevó este pesebre á Roma, el cual se venera en Santa María la Mayor, donde se conserva con gran pompa, y en el punto en que estaba en la gruta de Bethlem campea hoy una bruñida plancha de mármol blanco, sobre la que se ostenta otro altar hueco, sostenido por cuatro columnitas, de cuyo altar penden cinco lámparas siempre encendidas.

Frente al pesebre, ó mejor dicho, frente al lugar del pesebre, se ve hoy un pequeño poyo labrado en la misma roca. Aquel poyo fué construído sin duda para que los infelices que en la gruta se recogían se reclinaran á descansar. ¡Qué poyo tan afortunado! En él puso María al Niño Jesús, para que lo adoraran los tres magos de Oriente. No arde en él lámpara alguna, pero á lo largo de la gruta arden veintiuna, suspendidas de la rústica

bóveda, y todas las lámparas que alumbran aquel santo recinto pertenecen á los católicos, á los griegos y á los armenios. Esta es, hijo mío, la gruta de la Natividad, como dicen allí, ó el portal de Betlhem, como decimos nosotros. En aquella miserable gruta quiso nacer el hombre Dios, que pudo haber nacido en los alcázares más suntuosos de la tierra. Nunca olvides, hijo mío, nunca debe nadie olvidar el ejemplo de humildad que con esto nos dió Jesucristo.

Mañana concluiremos nuestras alboradas, prosiguió el marqués, y éste y su hijo abandonaron su asiento.



El Jordán.



ALBORADA OCTAVA.

Cuando el marqués de Flora y el joven Alfredo se sentaron bajo el corpulento castaño, se observaba en los semblantes de los dos cierto aire de tristeza; era la tristeza que en ellos producía el sentimiento de separarse uno de otro al día siguiente.

Imprimiendo el marqués un beso en la frente de su hijo, habló de esta manera:

—Saliendo de Jerusalem por la puerta de San Esteban, cruzando el Torrente Cedrón, doblando la cumbre del monte Olivete y descendiendo después de una penosa cuesta de nueve ó diez leguas que forman las montañas de la Judea, bajo un cielo sin nubes y un sol abrasador, se llega á los campos de Jericó, á las llanuras que riega el Jordán, á lo que en tiempo fué la tierra de promisión.

En estas históricas campiñas hay muchos objetos que estudiar, porque testigos fueron de grandes escenas bíblicas; pero yo sólo te hablaré de los principales, que son: *la montaña de la Cuarentena, la Fuente de Eliseo, la ruinas de Jericó, el Mar Muerto y el Jordán.*

—¿Todos esos países ha recorrido V. también, padre? preguntó Alfredo.

—Todos, hijo mío, contestó el marqués, y su recuerdo se ha grabado indeleble en mi alma. Esucha:

Alfredo escuchaba con interés.

—Entrando ya en los campos de Jericó, y

marchando á la izquierda, ó sea al Norte, media legua, se encuentra también á la izquierda una montaña cónica, que descuella majestuosa entre otras montañas; esta montaña ofrece casi en lo más alto de su cara oriental las bocas de varias profundas cuevas, una de cuyas cuevas, que se conoce porque para ello han picado la roca en torno de su entrada, es la misma en la que permaneció Jesús retirado del mundo y ayunando cuarenta días con cuarenta noches, lo que ha dado origen á nuestra *cuaresma*.

Prosiguiendo un cuarto de hora, siempre hacia el Norte, se llega á un delicioso terreno, á una frondosa vega poblada de higueras, de sicomoros, de sauces y de hierbas aromáticas, que embalsaman con sus perfumes la atmósfera; quince ó veinte surtidores, puros y cristalinos, que brotan casi juntos entre mimbres y juncos, forman una transparente balsa circular de tres ó cuatro metros de diámetro, cuyos surtidores y cuya balsa constituyen la fuente de Eliseo. Dice la Biblia que cuando el pueblo de Israel ocupó aquellas tierras, se quejó al profeta Eliseo de que las

aguas de aquella fuente eran saladas, y el profeta las volvió dulces en el acto. De tan abundante fuente parte un arroyo que, surcando un álveo de flores, fecundiza el terreno.

Volviendo hacia el Mediodía desde la fuente de Eliseo y caminando por aquella frondosa campiña una hora, se encuentra un montón de chozas rodeadas de cieno que habitan alguna harapientas familias de beduinos. Estas son, hijo mío, las ruinas de Jericó.

Esto es todo lo que queda de aquella magnífica ciudad, rodeada de altos y fuertes muros; de aquella pintoresca ciudad, jardín real, ciudad de las palmeras, como la llamaban con orgullo los cananeos; de aquella ciudad primera que Josué tomó al pisar la *Tierra de promisión*..... Ya no resta de tanta grandeza sino el sitio en que existió. ¡Todo ha concluído, todo ha desaparecido como el tamo de las eras!

Avanzando dos leguas y media hacia el Mediodía, se llega al *Mar Muerto* ó *lago Asfaltite*. Es el Mar Muerto un misterioso lago que se extiende desde las montañas de la Judea, las cuales se levantan al Occidente, hasta las

montañas de Moab, que se levantan al Oriente. Tiene catorce leguas de largo por cuatro de ancho; su perímetro es de veintiocho leguas, y su mayor profundidad de trescientos cuarenta metros.

Hijo mío, hubo un tiempo, el tiempo en que vivió Abraham, en que lo que hoy es Mar Muerto era una deliciosa campiña, llamada la *Pentápolis*, porque en ella había cinco importantes ciudades: *Sodoma*, *Gomorra*, *Adama*, *Soboin* y *Segor*.

Sodoma, donde vivía Lot, y Gomorra, pecaron contra el Señor; el Señor hizo salir á Lot con toda su familia, y enviando en seguida fuego del cielo y haciendo brotar de la tierra betún hirviendo, asoló aquellas ciudades, y sobre sus ruinas apareció el Mar Muerto.

Este mar, hijo mío, excepción de todos los mares, debe su origen á un supremo castigo que Dios impuso por un supremo pecado; en él todo es triste, todo; ni hay vegetación en sus contornos, ni aves en sus inmediaciones, ni peces en sus aguas. Tranquilo siempre, con la tranquilidad de la muerte, siempre permanece inmóvil, sin que en él se observe ni bri-

sas, ni flujo, ni reflujo, ni olas, ni ruido..... Todo es allí melancólico, todo comprime el espíritu..... ¡Ah! Con razón se le ha dado el nombre de *Mar Muerto*.

Para que nada deje de ser parabólico en aquel país; para que nada deje de ser emblemático en aquel mar, símbolo del pecado, en él desemboca el *Jordán*, símbolo de la redención.

El Jordán es el primer río del mundo en el orden de importancia, porque en él bautizó San Juan á Jesús. El punto en que San Juan puso en la cabeza de Jesús las aguas del bautismo se designa todavía. En ese punto se hallan constantemente viajeros de todos los países, tendidos á la sombra, ó bañándose en aquellas aguas, ú orando en aquellas orillas, llenando de agua vasijas que transportan á su patria.

¡Qué frondosas son las márgenes del Jordán! Verdad es que el calor que allí se siente es insufrible, aunque no tanto como el del Mar Muerto; pero son por demás amenos los bosques que nacen en sus alrededores; hierbas y flores los esmaltan, y entre sus flores y entre

su follaje cantan á porfía miles de pájaros, entre cuyos trinos descuellan los gorjeos de los ruiseñores.

Unos creen, hijo mío, en Europa, que el Jordán es un pequeño arroyo; otros que es un río caudalososísimo; ni unos ni otros creen la verdad: el Jordán, que nace al pie del gran *Hermón*, atraviesa el lago Tiberiades y desemboca en el Mar Muerto; recorre en su curso treinta leguas; por los campos de Jericó, su menor anchura es de cincuenta metros, su mayor anchura de setenta metros, y su mayor profundidad de cinco metros. Estas son las dimensiones del santo río en que se bautizó Jesús, estableciendo con ese acto el Santísimo Sacramento del bautismo.

He cumplido, Alfredo, lo que te ofrecí; te he explicado los principales lugares de *Tierra Santa*: ¿te ha agradado mi explicación?

—Mucho, padre, contestó Alfredo.

—Me alegro, hijo mío, repuso el marqués; pero advierte que de nada sirve esta explicación, de nada sirve visitar la Tierra Santa, si de la explicación y del viaje no deducimos

consecuencias provechosas para el porvenir: aquella tierra es santa porque en ella nació y vivió Jesús. ¿Para qué nació Jesús, hijo mío? Para redimir al hombre del pecado. ¿Qué hizo durante su vida carnal? Trazar al hombre con su conducta la conducta que debe seguir el hombre. De cuanto el hombre posee en la vida, sea rico ó pobre, ignorante ó sabio, humilde ó potentado, sólo una cosa le aprovecha al tiempo de entregar su alma á Dios, sólo la virtud.

Alfredo callaba y escuchaba á su padre con profundo respeto.

Su padre continuó:

—Jesucristo, como criador del mundo, como señor de cielos y tierra, al venir al mundo pudo nacer poderoso, pudo nacer en fastuoso palacio, y nació pobre, y nació en humilde establo: con esto nos enseñó, hijo mío, que no debemos enorgullecernos ni infatuarnos con las riquezas ni con los honores terrenales.

Jesucristo, como criador del mundo, como señor de cielos y tierra, pudo atraer hacia sí los poderosos, los magnates, y se rodeó de miserables pescadores: con eso nos enseñó

que no debemos desdeñarnos de hablar con los pobres; que puesto que Jesucristo, que era Dios, los buscó, nosotros, que somos nada, que no somos sino hombres como ellos, debemos buscarlos también, y socorrerlos en sus necesidades y consolarlos en su dolor.

Jesucristo, que todo fué pureza, que jamás cometió falta alguna, perdonó á la Samaritana, consoló á la Magdalena, defendió á la mujer adúltera en el templo; con lo que nos enseñó que nosotros, que somos engendrados en el pecado y que estamos llenos de faltas, no debemos despreciar al infeliz que vive sumergido en el vicio, sino compadecerle, aconsejarle y ayudarle á salir de él.

Jesucristo sufrió con resignación los azotes, los insultos, los empellones, las bofetadas que le dieron durante su pasión; con lo cual nos enseñó la paciencia, la resignación con que debemos soportar los contratiempos de la vida.

Y sobre todo, Jesucristo, clavado en la cruz, tendiendo sus brazos al Oriente y al Occidente, como quien al Oriente y al Occidente, á todo el curso del sol abrazar preten-

de, vertiendo su propia sangre para lavar con ella la tierra, levantó los ojos al cielo poco antes de expirar, y dijo: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.*

¡Es verdad, hijo mío! Jesucristo lo dijo: el hombre que ofende á otro hombre no sabe lo que se hace; y el ofendido debe perdonar al que le ofendió, porque todos los hombres de todos los tiempos y de todos los países ofendemos á Cristo, y para todos pidió perdón Cristo á Dios desde la cruz. Hijo querido, ¿tendrás presentes estos consejos en tu vida?

—Sí, señor, contestó Alfredo con fuerza; se lo prometo á V.

—Bien, hijo mío; replicó el marqués: si amas á tus semejantes; si te compadeces del desgraciado; si perdonas á tu enemigo, cumplirás con los deberes de cristiano, y serás digno hijo de tu madre, que bajó á la tumba bendiciéndote á ti y bendiciéndome á mí. Mañana nos separamos, hijo de mi corazón: que florezcan en tu alma los principios que aquella santa mujer sembró en ella y que yo he tratado de cultivar; que nunca su recuerdo huya de tu memoria. Ella, hijo mío, ella cuan-

do te estrechaba en su tierno regazo, ella oraba por ti; ella te enseñó á orar; ora tú ahora por ella; ora todas las mañanas y todas las noches, que ella premiará tu oración desde el cielo.

Conmovidos el marqués de Flora y su hijo Alfredo, se levantaron del poyo en que estaban sentados; de aquel poyo en que tan gratas alboradas habían visto deslizarse entre los encantos de una naturaleza bella, y silenciosos y tristes se dirigieron los dos á la quinta.



P



Librería de la Viuda de Hernando y C.^a, Arenal. 11.